



# **UNIVERSIDAD DEL ACONCAGUA**

**FACULTAD DE PSICOLOGIA**



## **TESINA DE LICENCIATURA**

### **“EL SUJETO DEL PSICOANALISIS. SU ESTRUCTURACION Y DINAMICA”**

**Análisis de un caso de Homosexualidad**

**Alumna:** Florencia Montecino Barbero

**Directora:** Lic. Elodia Granados

MENDOZA, Febrero de 2011

## **HOJA DE EVALUACIÓN**

**Tribunal Examinador:**

Presidente:

Vocal:

Vocal:

Profesor Invitado: Lic. Elodia Granados.

Calificación:

## **AGRADECIMIENTOS**

Aprovecho este apartado para darle las gracias a todos los que me acompañaron en este maravilloso camino que empezó allá por el año 2005.

Agradezco fundamentalmente a mis padres, por haber estado conmigo en cada momento de mi carrera, por acompañarme, respetarme y compartir cada paso en mi vida.

A mi hermana Mercedes, por escucharme, entenderme y sobre todo bancarme. Gracias por ser esa persona tan especial e incondicional.

A Juan Manuel, que me acompañó y me acompaña desde hace años. Gracias por la paciencia, el amor, la comprensión, y las palabras de aliento que siempre me das.

A mis abuelos, Leli, Lelo, Mamina y Nono que desde algún lugar, estuvo conmigo. Gracias por transmitirme sus enseñanzas, contarme sus anécdotas y mimarme.

A la Lic. Eli Granados, por guiar e iluminar mi trabajo, por acompañarme y responder a mis inquietudes.

A mis amigas, Celeste, Victoria, Nella, Julieta, Florencia, Natalia, Cyntia, Jesica y Victoria por estar, por compartir mis alegrías y mi tristezas y por darme fuerza siempre que lo necesite.

Muchas personas más estuvieron conmigo, fueron y son parte de mi vida, me brindaron su apoyo y comprensión, a todos ellos Gracias.

Agradezco a Dios, por haberme puesto en este lugar, con todas estas personas y por darme la fuerza, la voluntad, la perseverancia y la alegría para recorrer este hermoso camino.

## **RESUMEN**

El presente trabajo, se realiza con la finalidad de hacer un recorrido por las teorías de Freud y Lacan como referentes fundamentales del psicoanálisis, tratando de establecer ciertos puntos, de los cuales, inicialmente habla Freud, y que, posteriormente fueron retomados por Lacan y los pos freudianos.

Se buscó hacer un repaso sobre sus conceptos y temas fundamentales, para posteriormente poder hacer un análisis adecuado y comprender desde el punto de vista estructural y dinámico un caso clínico publicado por Freud en 1920, titulado “Sobre la Psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina”.

A partir de esto, se intentó poner de manifiesto ciertos conceptos fundamentales del psicoanálisis, y principalmente conocer cuáles son los aspectos que influyen en la constitución de la homosexualidad, teniendo en cuenta el papel que juegan los Otros significativos en dicho proceso de elección.

A partir del trabajo realizado, se pudieron identificar algunos aspectos que pueden llevar a una elección de objeto homosexual, sin embargo, para tal fin, se considera importante tener en cuenta una premisa que es fundamental en psicoanálisis: el hecho de que cada sujeto es un individuo particular y, vive y actúa de una manera singular.

## **ABSTRACT**

*The present work, has been carried to analyze Freud and Lacan 's theories of as fundamental modals of the psychoanalysis, trying to establish certain points, of which, initially Freud speaks, and later Lacan and the post Freudian continues.*

*One sought to make a revision on his concepts and fundamental topics, later be able to make a suitable analysis and understand from the structural and dynamic point of view of a case that was published by Freud in 1920. It name was " On the Psicogenesis of a case of feminine homosexuality ".*

*From this, one tried to reveal certain fundamental concepts of the psychoanalysis, and principally to know which are the aspects that influence the constitution of the homosexuality, focusing in the importance that significant Others play in the above mentioned process of choice.*

*From the present work, there could be identified some fundamental aspects that are related to a choice of homosexual object. Nevertheless, it is important that we consider a premise that is fundamental in psychoanalysis: the fact that every subject is a particular individual and, it lives and acts in a singular way.*

## ÍNDICE

<b>Titulo</b>	<b>2</b>
<b>Hoja de evaluación</b>	<b>3</b>
<b>Agradecimientos</b>	<b>4</b>
<b>Resumen</b>	<b>5</b>
<b>Abstract</b>	<b>6</b>
<b>Índice</b>	<b>7</b>
<b><u>INTRODUCCION</u></b>	<b>9</b>
<b><u>CAPÍTULO I: El sujeto del psicoanálisis. Constitución subjetiva</u></b>	<b>15</b>
<b>I.1 Sexualidad infantil. Una primera aproximación a Freud</b>	<b>16</b>
<b>I.2 Ese Otro inolvidable. Necesidad, demanda y deseo</b>	<b>29</b>
<b>I.3 La estructura y su articulación con los tres registros: imaginario, simbólico y real</b>	<b>37</b>
<b><u>CAPITULO II: El concepto de objeto en psicoanálisis</u></b>	<b>50</b>
<b>II. 1 El objeto, sus dimensiones e implicancias</b>	<b>51</b>
<b>II.2 El narcisismo como etapa previa a la elección de objeto</b>	<b>56</b>
<b>II.3 Lacan y el objeto en psicoanálisis</b>	<b>60</b>
<b><u>CAPITULO III: El complejo de Edipo como complejo estructurante</u></b>	<b>68</b>
<b>III.1 Introducción al complejo de Edipo en Freud</b>	<b>69</b>
<b>III.1.1 Desarrollos sobre la feminidad</b>	<b>73</b>
<b>III.2 La metáfora paterna y el Edipo según Lacan</b>	<b>77</b>
<b>III.3 El falo y la significación fálica</b>	<b>86</b>
<b><u>CAPITULO IV: Homosexualidad y perversión</u></b>	<b>92</b>
<b>IV.1 La perversión</b>	<b>94</b>
<b>IV.2 Homosexualidad y psicoanálisis</b>	<b>99</b>
<b><u>CAPITULO V: Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina</u></b>	<b>107</b>
<b>V.1 Presentación del caso</b>	<b>108</b>
<b>V.2 Análisis del caso</b>	<b>112</b>

<b><u>MARCO METODOLOGICO</u></b>	<b>120</b>
Preguntas de investigación	121
Objetivos	122
Tipo de estudio	122
Campo empírico y contextualización espacio-temporal	123
Procedimiento	123
<b><u>CONCLUSIONES</u></b>	<b>125</b>
<b><u>BIBLIOGRAFIA</u></b>	<b>135</b>



# **INTRODUCCIÓN**

## **INTRODUCCIÓN**

La sexualidad en psicoanálisis, excede el terreno de las actividades y del placer vinculado a lo genital. Aparece como un aspecto fundamental, del cual se sirven los pensadores más importantes del psicoanálisis, Freud y Lacan, para explicar el desarrollo del sujeto. Incluye todas las manifestaciones presentes desde la infancia que producen placer independientemente de lo que tiene que ver con la pura necesidad.

La sexualidad entonces, se estructura desde la infancia, y lo que irrumpe en la pubertad, no será otra cosa que “una segunda oleada”, tal como dice Freud, de aquello que ya comienza a organizarse en los primeros tramos de la vida de un sujeto.

La sexualidad adulta, será la resultante de las sucesivas transformaciones de la pulsión, siendo la genitalidad un momento en el cual, todas las estratificaciones pulsionales se integrarán en el encuentro sexual con un partenaire.

Tal como sabemos, la homosexualidad, es uno de los temas que a lo largo de la historia más ha creado y crea controversia, y sobretodo marginalidad.

Las preguntas referidas a la homosexualidad, la mayoría de las veces, giran en torno a los factores que la determinan y a la posibilidad de los sujetos de asumirla o rechazarla.

La elección de un sujeto del mismo sexo, también es una respuesta. Desde el punto de vista imaginario, se trata de una reducción del otro a lo mismo.

Tendría que ver con el narcisismo; se habla de una elección de objeto por apuntalamiento, o narcisista. En el caso de la homosexualidad, la elección estaría más bien teñida por componentes relacionadas con esta última.

La elección narcisista de la que habla Freud, sería la operación que Lacan señala como característica del homosexual, la de “igualar”.

El lugar de la homosexualidad en las estructuras clínicas es un tema que Freud trata en su obra. Desprendido en forma progresiva de la bisexualidad de los comienzos, se ordena en relación con el complejo de castración y la función del padre.

La homosexualidad está diversamente repartida entre las tres estructuras, no es exclusiva de la perversión. La mayoría de los psicoanalistas, opinan que si los homosexuales se ven movidos a consultarlos, rara vez lo hacen por su homosexualidad, sino mas bien por los prejuicios y la marginación que genera en la sociedad.

Se propone definir la homosexualidad como la elección de objeto sexual. De todos modos, debe tenerse en cuenta que cada sujeto es un individuo con sus particularidades y un funcionamiento que le es propio.

A eso se refiere Freud cuando comienza a tratar el caso de “la joven homosexual”. A él, le interesaba indirectamente la cura del síntoma, se preocupaba porque esa cura se debiese a la revelación de la causa. En la clínica freudiana se observa al rastrear la etiología, que se encuentra un punto que tiene las características de la más extrema singularidad, y a Freud le interesaba esa singularidad como causa.

En Psicogénesis de un Caso de Homosexualidad Femenina (1920), Freud reflexiona acerca de la imposibilidad de hacer predicciones en psicoanálisis: conociendo un estado final se puede mostrar un abanico de causas que lo han producido, pero aun conociendo todas esas causas no puede predecirse ese, y sólo ese, estado final.

Freud muestra que pudo encontrar una serie de causas que llevaron a que el caso se diera como se dio, y sostendrá que conociendo el final podremos mostrar el abanico de causas que lo han producido, pero que si hubiéramos tenido todas, no habríamos podido hacer síntesis, es decir no se hubiera podido llegar a ese caso puntual. Podemos ubicar en los historiales freudianos, que siempre hay un primer encuentro crucial de la neurosis infantil que fija al sujeto a un modo de goce. Suele pensarse que esa elección de goce hecha en esa oportunidad está ligada al deseo del Otro.

Cuando Freud plantea que, carácter sexual y elección de objeto no coinciden en una relación fija, entra en consonancia con los discursos actuales sobre sexualidad, para los que identidad y orientación del deseo sexual no son la misma cosa dado que la identidad de género no llega a cubrir el campo de la elección de objeto amoroso.

Al referirse más específicamente al tema de la homosexualidad, comenta que no se suele distinguir con nitidez suficiente el problema de la elección de objeto por un lado y el del carácter y la actitud sexuales por el otro, como si la decisión sobre uno de esos puntos se enlazara necesariamente con la decisión sobre el otro. Por lo tanto sería pensar la decisión en relación a la resolución del

complejo de Edipo, como mecanismo normal de la elección no sólo de objeto sino del propio sexo.

Teniendo en cuenta su idea de bisexualidad, no le da a la homosexualidad más que un valor de restricción, el mismo que tendría la heterosexualidad. De este modo, una vez que se pudo abrir el camino bloqueado, el sujeto tiene la posibilidad de una elección (albedrío). Elección de objeto por parte de un sujeto autónomo, acto que no sería sintomático y seguiría el mismo camino que el de la sexualidad normal.

El presente estudio, se llevará a cabo desde una perspectiva psicoanalítica, tomando como eje fundamental a Freud y Lacan, y trabajando con quienes continuaron y enriquecieron posteriormente sus teorías.

Se abordará la temática, comenzando por los textos de Freud y haciendo especial hincapié en conceptos como el “Complejo de Edipo”, como fenómeno estructural y central del periodo sexual de la primera infancia; el “Complejo de Castración”, teniendo en cuenta como se produce y el efecto y la diferencia en la mujer; el “Narcisismo”, su relación con el autoerotismo y las pulsiones.

Además de estos conceptos, se tratarán algunos otros relacionados íntimamente con la constitución de la sexualidad infantil.

Desde Lacan, se continuará con la exposición del “Complejo de Edipo”, teniendo en cuenta sus avances a partir de las teorizaciones de Freud. Se trabajara con el concepto de “Metáfora Paterna” y la incidencia de esta para la inscripción de la castración, y la posibilidad de alcanzar la significación fálica.

Se realizará un análisis exhaustivo de ambas teorías, considerando posteriormente el caso clínico antes mencionado, desde el plano estructural y

dinámico, procurando poder aplicar al mismo, algunas de las nociones tratadas. Para ello, se seguirá la lógica, primero de Freud, y luego de Lacan, agregando y enriqueciendo todo lo aportado, para revisar aspectos fundamentales de la estructuración y la constitución subjetiva desde el psicoanálisis.

# **CAPÍTULO I**

**“El sujeto del psicoanálisis.**

**Constitución Subjetiva”**

## **CAPITULO I: “EL SUJETO DEL PSICOANALISIS. CONSTITUCION SUBJETIVA”.**

### **I.1 Sexualidad infantil. Una primera aproximación a Freud.**

Los estudios que Freud realizó acerca de la importancia de los factores sexuales en la causación de las neurosis, fueron los que llevaron a efectuar una amplia investigación sobre la sexualidad. Al principio, Freud se centraba en causas biológicas y fisiológicas, posteriormente, y a través del concepto de pulsión, comienza a realizar su exposición desde un enfoque más psicológico.

Los estudios realizados inicialmente por Freud, se centraron en gran medida en la histeria. Al comienzo, confió en los métodos habituales como masajes y cura de reposo, para continuar con el método catártico, en el cual era condición que el paciente fuera hipnotizable. Todo esto, reposaba en el hecho de la ampliación de la consciencia que se producía en ese estado. El método catártico, tendía a la supresión de los síntomas y lo conseguía llevando al paciente al estado psíquico en el cual había surgido cada uno de ellos por vez primera. En ese momento, emergían en el hipnotizado recuerdos, ideas e impulsos que habían estado ausentes hasta ese entonces de su consciencia, y una vez que el sujeto comunicaba al médico aquellos procesos anímicos, quedaban vencidos los síntomas y evitada su reaparición.

Freud, avanzó un paso más, y renunció posteriormente a la hipnosis. Así, el tratamiento de los enfermos, se producía como un dialogo entre dos personas, igualmente dueñas de sí. Se trataba de evitar al enfermo, cualquier



esfuerzo y toda impresión sensorial que pudiera distraerlo y perturbar la concentración de su atención sobre la propia actividad anímica.

Al abandonar la hipnosis, Freud tuvo que buscar algún método alternativo, que le permitiera acceder a todo ese material de representaciones y recuerdos que le había brindado la ampliación del campo de consciencia. Encontró tal alternativa en las ocurrencias espontáneas y asociaciones involuntarias que suelen surgir en el curso del análisis de los pacientes. Para ello, instaba a los mismos a comunicarle todo aquello que acuda a su pensamiento, aunque lo juzgara impertinente o incoherente y a que no excluyeran ninguna ocurrencia por más vergonzosa que pudiera parecerles.

A partir de esta experiencia, Freud llega a la conclusión de que las amnesias que se producen en el recuerdo de hechos u acontecimientos, tenía que ver con un proceso al que da el nombre de “represión” y cuyo motivo eran las sensaciones de displacer que encontraba en los mismos. En la resistencia que se oponía a la reconstitución del recuerdo considera que aparecen fuerzas psíquicas que produjeron la represión.

Como se dijo anteriormente, los factores sexuales, tienen una amplia participación en lo que se refiere a la causación de la neurosis. En relación a ello, Freud, comienza su recorrido por la sexualidad infantil, encontrando en ella aspectos de relevancia capital, que fundamentan sus posteriores exposiciones.

En la infancia, el niño ya reaccionaba vivamente ante determinadas impresiones, exteriorizaba en forma humana dolores y alegrías, mostrando amor, celos y otras pasiones que lo conmovían violentamente. Al llegar a la edad adulta, muchas de tales impresiones, han sido olvidadas. Sin embargo, no por haberlo

sido han desaparecido de nuestra memoria sin dejar hondísimas huellas en nuestra vida psíquica, y haber constituido un determinante de todo nuestro desarrollo ulterior. Entonces, no se trataría de una real desaparición de las impresiones infantiles, sino, tal como dice Freud "...de una amnesia semejante a la que observamos en los neuróticos respecto de vivencias posteriores y cuya esencia consiste en un mero apartamiento de la conciencia (represión)." (Freud, 1905: 159)

El recién nacido trae consigo al mundo impulsos sexuales en germen, que, después de un período de desarrollo, van sucumbiendo a una represión progresiva la cual puede ser interrumpida a su vez por avances regulares del desarrollo sexual o detenida por particularidades individuales.

La vida sexual de los niños se manifiesta ya en forma observable hacia el tercero o cuarto año de vida.

Se produce durante el avance del desarrollo sexual, un periodo de latencia en el cual se constituyen los poderes anímicos que luego se oponen a la pulsión sexual y lo canalizan, marcándole su curso a la manera de un dique. Si bien la educación, tiene mucho que ver en este proceso en las sociedades civilizadas, esta evolución se halla orgánicamente condicionada y fijada por la herencia, pudiendo producirse sin ningún auxilio por parte de la educación.

Sin embargo, durante este periodo de latencia, los impulsos sexuales infantiles, no han dejado de afluir, pero esta energía, es desviada en todo o en parte de la utilización sexual y desviada a otros fines. Este proceso, denominado sublimación, interviene igualmente en el desarrollo individual y sus orígenes se remontan al periodo de latencia sexual infantil.

Los impulsos sexuales de estos años infantiles serían inaprovechables, puesto que la función reproductora no ha aparecido todavía, circunstancia que constituye el carácter esencial de este período.

Para poder conocer el desarrollo de la pulsión sexual, es necesario remitirnos a la sexualidad infantil, la cual determinará, en sí misma, el desarrollo posterior. En relación a ello, Freud va a decir que la sexualidad infantil, antes de quedar bajo el primado genital, es esencialmente autoérotica, es decir, que su objeto se encuentra en el propio cuerpo.

En "Pulsiones y destinos de pulsión" Freud realiza una diferencia fundamental entre el estímulo y la pulsión, explicando al primero desde el campo de la fisiología "Esta nos ha proporcionado el concepto del estímulo y el esquema del reflejo, de acuerdo con el cual un estímulo aportado al tejido vivo (a la sustancia nerviosa) desde afuera es descargado hacia afuera mediante una acción. Esta acción es acorde al fin, por el hecho de que sustrae a la sustancia estimulada de la influencia del estímulo, la aleja del radio en que este opera." (Freud, 1915: 114)

Es importante realizar tal diferencia a los efectos de poder comprender que los estímulos instintivos provienen del exterior del organismo. Por tal motivo, actúan de manera distinta sobre lo anímico, y exigen para su supresión, distintos actos. Este, actúa como un impulso único, pudiendo ser, por lo tanto, suprimido mediante un único acto adecuado, como la fuga motora ante la fuente de la cual emana. Tales impulsos, pueden incluso repetirse y sumarse, pero esto, no modifica en nada la interpretación del proceso, ni las condiciones de la supresión del estímulo.

La pulsión, en cambio, no actúa como fuente momentánea, sino siempre como una fuerza constante. Procede del interior del cuerpo, por tal motivo, la fuga resultaría ineficaz contra ella.

Posteriormente, Freud, prefiere llamar al estímulo instintivo “necesidad”, y a aquello que suprime esta necesidad, “satisfacción”. La misma, puede ser alcanzada únicamente por una transformación adecuada de la fuente de estímulo interna.

Freud define a la pulsión como “...un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico, de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal.” (Freud, 1915: 117).

La esencia de la pulsión, consiste en que proviene de fuentes de estímulo situadas en el interior del organismo, y emergen como una fuerza constante. De ahí se deriva uno de sus caracteres fundamentales: la incoercibilidad por acciones de huida.

En relación a esto, menciona cuatro términos íntimamente vinculados al concepto de pulsión: esfuerzo, meta, objeto, fuente de la pulsión.

El esfuerzo de una pulsión, es su factor motor, la suma de fuerza o la medida de la exigencia de trabajo que ella representa.

La meta de una pulsión es la satisfacción que sólo puede alcanzarse cancelando el estado de estimulación en la fuente de la pulsión. Si bien esta meta última permanece invariable para toda pulsión, los caminos que llevan a ella pueden ser diversos.

Por objeto de la pulsión, se entiende aquello en o por lo cual puede alcanzar su meta. Es lo más variable en la pulsión; no está enlazado originariamente con ella, sino que se le coordina sólo a consecuencia de su aptitud para posibilitar la satisfacción. No necesariamente es un objeto ajeno; también puede ser una parte del cuerpo propio.

La fuente de la pulsión es aquel proceso somático, interior a un órgano o a una parte del cuerpo, cuyo estímulo es representado en la vida anímica por la pulsión. Muchas veces puede inferirse retrospectivamente con certeza las fuentes de la pulsión a partir de sus metas.

En el mismo artículo de 1915, Freud se propone distinguir dos grupos de pulsiones primordiales: las pulsiones yoicas o de autoconservación, y las pulsiones sexuales. A través de esto, busca enseñar que la sexualidad no ha de equipararse con las otras funciones del individuo, ya que las tendencias, van más allá de él y tienen por contenido la producción de nuevos individuos, es decir, la conservación de la especie.

Muestra además dos concepciones del vínculo entre el yo y la sexualidad que coexisten una junto a la otra. Para una, el individuo es lo principal, y valora a la sexualidad como una de sus funciones, y a la satisfacción sexual como una de sus necesidades.

En relación a las pulsiones sexuales puede enunciarse lo siguiente: Son numerosas, brotan de múltiples fuentes orgánicas, al comienzo actúan con independencia unas de otras y sólo después se reúnen en una síntesis más o menos acabada. La meta a que aspira cada una de ellas es el logro del placer de órgano, sólo tras haber alcanzado una síntesis entran al servicio de la función de

reproducción. En un principio, se apuntalan en las pulsiones de conservación, de las que sólo poco a poco se desasen; también en el hallazgo de objeto siguen los caminos que les indican las pulsiones yoicas. Una parte de ellas continúan asociadas toda la vida a estas últimas, a las cuales proveen de componentes libidinosos que pasan fácilmente inadvertidos durante la función normal y sólo salen a la luz cuando sobreviene la enfermedad. Producto de las propiedades mencionadas, permiten operaciones muy alejadas de sus acciones-meta originarias (sublimación).

Los destinos por los cuales pasan pulsiones sexuales en el curso del desarrollo y de la vida son:

- El trastorno hacia lo contrario.
- La vuelta hacia la persona propia.
- La represión.
- La sublimación.

El trastorno hacia lo contrario, puede desglosarse en dos procesos diversos: la vuelta de una pulsión de la actividad a la pasividad, y el trastorno en cuanto al contenido. Como ejemplo del primer proceso, Freud propone los pares de opuestos sadismo- masoquismo y placer de ver- exhibición. Va a decir "...El trastorno sólo atañe a las metas de la pulsión; la meta activa martirizar, mirar, es remplazada por la pasiva ser martirizado, ser mirado" (Freud, 1915: 122).

El trastorno en cuanto al contenido, se descubre en un único caso: la mudanza del amor en odio.

La vuelta hacia la persona propia se hace más comprensible tomando el ejemplo dado por Freud: el masoquismo es sin duda un sadismo vuelto hacia el yo propio, y la exhibición lleva incluido el mirarse el cuerpo propio. Lo esencial en este proceso es el cambio de vía del objeto, manteniéndose inalterada la meta.

El carácter más notable de la actividad sexual infantil, es el “autoerotismo”, el hecho de que la pulsión no se oriente hacia otra persona, sino que encuentre su satisfacción en el cuerpo propio.

El acto de la succión, está determinado en la niñez por la búsqueda de un placer experimentado y recordado. Con la succión de una parte de su piel o de su mucosa, el niño encuentra, por el medio más sencillo, la satisfacción buscada. Los labios, actúan como una zona erógena, siendo la cálida corriente de la leche, la causa de la primera sensación de placer. En un principio, la satisfacción de la zona erógena, está relacionada con el hambre, es decir que la actividad sexual se apoya primeramente en una función que se encuentra puesta al servicio de la conservación de la vida, para luego independizarse de ella. Posteriormente, la necesidad de volver a encontrar aquella satisfacción sexual, se separa de la necesidad de satisfacer el apetito.

Freud en “Tres ensayos para una teoría sexual” va a mencionar los tres caracteres esenciales de una manifestación sexual infantil:

- Se origina apoyada en alguna de las funciones fisiológicas de importancia vital
- Es autoerótica
- Su fin sexual se halla bajo el dominio de una zona erógena

Estas características dadas a las manifestaciones sexuales infantiles, son aplicables también a la mayoría de las actividades de la pulsión sexual. El fin de esta última, es lograr la satisfacción por el estímulo apropiado de una zona erógena; satisfacción que debe haber sido experimentada anteriormente para dejar una necesidad de repetirla.

La necesidad que exige la satisfacción aparece en dos formas: como una peculiar sensación de tensión que tiene carácter displaciente, y por un estímulo centralmente condicionado y proyectado en la zona erógena periférica.

El fin sexual, es sustituir el estímulo proyectado en la zona erógena, por aquella otra excitación exterior que hace cesar la sensación de tensión, haciendo surgir la de satisfacción.

Una de las zonas erógenas del cuerpo infantil, que no desempeña el papel principal, ni es considerada el substrato de de las primeras excitaciones sexuales, está relacionada, tanto en el hombre como en la mujer, con la micción (pene, clítoris). Sin embargo, estas zonas, están destinadas a adquirir una gran importancia en el porvenir. Las actividades sexuales de esta zona erógena, que pertenecen al verdadero aparato sexual, constituyen el comienzo de la ulterior vida sexual "normal".

El niño, acepta al principio, sin resistencia ni sospecha alguna, la existencia de dos sexos diferentes. Considera natural la suposición de que todas las personas que conoce poseen un órgano genital exacto al suyo y no se plantea la posibilidad en nadie de la falta de este órgano.

El sujeto infantil, defiende esta convicción frente a las contradicciones que observa. La hipótesis de que ambos sexos poseen el mismo aparato genital



(el masculino) es la primera de las teorías sexuales infantiles creadas por los niños.

La organización genital fálica del niño sucumbe a la amenaza de castración, aunque no inmediatamente, y sin que a ella se agreguen otras influencias, pues el niño no presta al principio a la amenaza fe ni obediencia alguna.

La observación, que rompe por fin la incredulidad del niño, es su descubrimiento de los genitales femeninos. Siempre se le presenta alguna ocasión de contemplar la región genital de una niña y convencerse de la falta de aquel órgano, del que tan orgulloso está, en un ser tan semejante a él. De este modo se hace ya posible representarse la pérdida de su propio pene, y la amenaza de la castración comienza entonces a surtir sus efectos.

El niño no tiene sino una idea muy vaga de aquello en lo que puede consistir la satisfacción amorosa, pero sus sensaciones orgánicas le imponen la convicción de que el pene desempeña en ella algún papel. No ha tenido ocasión tampoco para dudar de que la mujer posea también un pene. La aceptación de la posibilidad de la castración y el descubrimiento de que la mujer aparece castrada, puso, pues, un fin a las dos posibilidades de satisfacción relacionadas con el complejo de Edipo. Ambas traían consigo la pérdida del pene: una, masculina como castigo; la otra, femenina, como premisa.

Si la satisfacción amorosa basada en el complejo de Edipo ha de costar la pérdida del pene, surgirá un conflicto entre el interés narcisista por esta parte del cuerpo y la carga libidinosa de los objetos parentales. En este conflicto

vence normalmente el primer poder y el yo del niño se aparta del complejo de Edipo.

Las cargas de objeto quedan abandonadas y sustituidas por identificaciones. La autoridad del padre o de los padres introyectada en el yo constituye en él el nódulo del super-yo, que toma del padre su rigor perpetúa su prohibición del incesto y garantiza así al yo contra el retorno de las cargas de objeto libidinosas. Las tendencias libidinosas correspondientes al complejo de Edipo quedan en parte desexualizadas y sublimadas, cosa que sucede probablemente en toda transformación en identificación y en parte inhibidas en cuanto a su fin y transformadas en tendencias sentimentales. Este proceso ha salvado, por una parte, los genitales, apartando de ellos la amenaza de castración; pero, por otra, los ha paralizado, despojándolos de su función. Con él empieza el período de latencia que interrumpe la evolución sexual del niño.

En la niña el complejo de Edipo es una formación secundaria: lo preceden y lo preparan las repercusiones del complejo de castración. En lo que se refiere a la relación entre los complejos de Edipo y de castración surge un contraste fundamental entre ambos sexos. Mientras el complejo de Edipo del varón se aniquila en el complejo de castración, el de la niña es posibilitado e iniciado por el complejo de castración. Esta contradicción se explica considerando que el complejo de castración actúa siempre en el sentido dictado por su propio contenido: inhibe y restringe la masculinidad, estimula la femineidad. La divergencia que en esta fase existe entre el desarrollo sexual masculino y el femenino es una comprensible consecuencia de la diferencia anatómica entre los

genitales y de la situación psíquica en ella implícita; equivale a la diferencia entre una castración realizada y una mera amenaza de castración.

En la niña falta todo motivo para el aniquilamiento del complejo de Edipo. La castración ya ha ejercido antes su efecto, que consistió precisamente en precipitar a la niña en la situación del complejo de Edipo. Así, éste escapa al destino que le es deparado en el varón; puede ser abandonado lentamente o liquidado por medio de la represión, o sus efectos pueden persistir muy lejos en la vida psíquica normal de la mujer.

La niña no crea una teoría parecida al ver los órganos genitales del niño diferentes de los suyos. Lo que hace es sucumbir a la envidia del pene, que culmina en el deseo, muy importante por sus consecuencias, de ser también un varón.

El final del desarrollo está constituido por la llamada vida sexual normal del adulto, en la cual la consecución de placer entra al servicio de la función reproductora, habiendo las pulsiones parciales quedado bajo la primacía de una única zona erógena; una firme organización para la consecución del fin sexual en un objeto sexual exterior.

Previo a esto, la organización de la vida sexual se denomina “pregenital”, ya que las zonas genitales no han llegado todavía a ocupar su papel predominante.

En “Tres ensayos para una teoría sexual”, Freud va a hacer referencia dos de ellas. La primera de estas organizaciones sexuales pregenitales es la oral, en ella, la actividad sexual está organizada en relación a la alimentación. El objeto de una de estas actividades es también objeto de la otra, y el fin sexual consiste

en la asimilación del objeto. Como resto de esta fase de organización ficticia queda la succión, en la cual la actividad alimenticia ha sustituido el objeto exterior por uno del propio cuerpo (chupeteo del pulgar).

Una segunda fase pregenital es la de la organización sádico anal. Aquí ya se ha desplegado la división en opuestos, que atraviesa la vida sexual; pero todavía, no se los puede llamar masculino y femenino, sino activo y pasivo. La actividad es producida por la pulsión de apoderamiento a través de la musculatura del cuerpo, y como órgano de meta sexual pasiva se constituye ante todo la mucosa erógena del intestino; pero, los objetos de estas dos aspiraciones no coinciden. Junto a ello, se practican otras pulsiones parciales de manera autoerótica. En esta fase, por tanto, ya son pesquisables la polaridad sexual y el objeto ajeno, Sin embargo, faltan todavía la organización y la subordinación a la función de la reproducción.

Con el advenimiento de la pubertad comienzan las transformaciones que han de llevar la vida sexual infantil hacia su definitiva constitución normal. La pulsión sexual, hasta entonces predominantemente autoerótica, encuentra por fin el objeto sexual. Hasta este momento actuaba partiendo de zonas erógenas que, independientemente unas de otras, buscaban como único fin sexual determinado placer.

Un nuevo fin sexual se hace presente, ahora, todas las pulsiones parciales tienden a la consecución del mismo, las zonas erógenas se subordinan a la primacía de la zona genital.

La “normalidad” de la vida sexual, se produce por la confluencia de las dos corrientes dirigidas sobre el objeto sexual y el fin sexual, la de la ternura, y la de la sensualidad.

El nuevo fin sexual, consistente, en el hombre, en la descarga de los productos sexuales, no es totalmente distinto del antiguo fin que se proponía tan sólo la consecución del placer, pues precisamente a este acto final del proceso sexual se enlaza un máximo placer. La pulsión sexual se pone ahora al servicio de la función reproductora; puede decirse que se hace altruista. Para que esta transformación quede perfectamente conseguida tiene que ser facilitada por la disposición original y por todas las peculiaridades de la pulsión.

Se puede decir, a modo de conclusión, que las manifestaciones sexuales infantiles, no determinan solamente las desviaciones, sino también la estructura normal de la vida sexual del adulto.

## **I.2 Ese Otro inolvidable. Necesidad, demanda y deseo.**

Freud, va a decir que el niño, el “cachorro humano”, tal como él lo nombra, nace desvalido, y es incapaz por si solo de llevar a cabo una acción que le permita satisfacer sus necesidades. A través de una descarga motora, como un grito o un llanto, demanda así, la presencia de otro que lo auxilie y lo interprete, que le ponga palabras a aquel llanto. Ahora, la necesidad pura, biológica, pasa a ser una necesidad lógica.

Aparece entonces, un “Gran Otro Inolvidable”, que a través de la realización de una acción específica, cancela el estado de necesidad, y trae

aparejada la satisfacción. Freud define esto como “la primera experiencia de satisfacción”. La misma, va a dejar una profunda huella en el aparato psíquico. A partir de ahí, el sujeto se encamina en una búsqueda infructuosa por repetir esa primera percepción, esa mítica primera vez.

La “acción específica”, es aquella cuya ejecución, trae aparejado la satisfacción de la necesidad, y por tanto, el cese del aumento de cargas. La ejecución de la misma, exige en la cría del hombre una ayuda externa, ajena a él, ayuda de otro cuya atención debe atraer a través de una descarga como el grito o el llanto. Esto, adquiere además, una función secundaria, secundaria respecto a la función primaria que cumple de descarga. A esto, Freud lo denomina “función de comunicación”, concepto que posteriormente es retomado por Lacan como “llamado”, que culmina con su formulación de la demanda.

Esta función, depende de la imposibilidad del cachorro humano de ejecutar por sí solo, la acción específica, es decir que depende del desamparo inicial propio de nuestra especie.

Sin embargo, esta primera experiencia de satisfacción, de la que habla Freud, se presenta conjuntamente con la “experiencia de dolor”. Se produce una diferencia, queda un vacío porque algo no llega. Esta diferencia se produce entre la necesidad del bebé y la interpretación que la otra persona realiza de la manifestación del pequeño. En esta experiencia de dolor, las huellas no se inscriben en el aparato psíquico, sino que surge la pulsión como energía no ligada. En cambio, en la experiencia de satisfacción, las huellas se inscriben por simultaneidad. De esta manera, cada vez que el niño vuelva a atravesar por el estado de necesidad, va a tratar de volver a investir la huella mnémica de la

satisfacción por la vía de la alucinación. Se busca la identidad de percepción, es decir, volver a repetir la misma huella.

Freud, establece una distinción fundamental al separar la satisfacción de la necesidad, de la realización del deseo. A la primera, le corresponde la acción específica, y a la segunda, la identidad de percepción como regla de la alucinación desiderativa.

Esta división, supone la instauración de un abismo en la supuesta complementariedad del sujeto y el objeto en la satisfacción humana, introduciendo una disimetría que coloca al objeto en una nueva posición, ajena como tal a la satisfacción de la necesidad. De esta manera, introduce al nivel del organismo, una nueva forma de satisfacción, la realización.

Dicha realización del deseo, aparta al sujeto del camino de la satisfacción, encaminándolo hacia una búsqueda infructuosa desde la perspectiva adaptativa, búsqueda signada por la repetición, búsqueda de una percepción primera que tiene como marco una mítica primera vez, un mítico encuentro entre el sujeto y el objeto de la satisfacción.

Desamparo y otro, son dos términos que reaparecen de continuo en la obra de Freud. La función de comunicación, del grito, que deviene entonces llamado al otro, precisamente los aúna; ambos dejan en el ser hablante una huella imperecedera: ese deseo inconsciente que Freud calificó como eterno.

Lacan, en cambio, va a decir que aquella “experiencia de satisfacción” de la que Freud habla, es mítica, nunca existió.

Habla de una falta por estructura, porque el niño, incluso ya antes de nacer, está inmerso en el mundo simbólico, en donde no hay complementariedad entre significado y significante.

Lo simbólico, la estructura del lenguaje, nos preexiste. Ella, estructura al sujeto, sujeto que es efecto del lenguaje, en la medida que su adquisición durante el desarrollo evolutivo, encubre la presencia ya allí del Otro.

A partir de la influencia de autores como Saussure, Jakobson y Lévi Strauss, ciertos conceptos quedan firmemente establecidos en la enseñanza de Lacan:

1. La idea del lenguaje como estructura.
2. Cada elemento del mismo, obtiene su valor de acuerdo a su posición en el conjunto, la cual se rige por una combinatoria legal.
3. La noción de signo de Saussure es incorporada con su carácter de arbitrariedad en lo que respecta a la relación significante- significado.
4. Los elementos son elementos diferenciales, todo elemento se define de modo negativo, su característica fundamental "consiste en no ser lo que son los otros".

El algoritmo Saussureano del signo S se incorpora al psicoanálisis y se transforma en una referencia permanente de la obra de Lacan.

Este algoritmo propuesto por Saussure, es modificado posteriormente por Lacan. En Saussure el significante se ubica debajo de la barra, y el significado arriba. Lacan realiza una transformación fundamental: la introducción de la función activa del significante en la determinación del significado, su



preeminencia. La función de la barra también se modifica, deviniendo ésta una “barrera resistente a la significación”.

La represión primaria, es consustancial con la inexistencia de un sentido propio, y la barra que la encarna, pasa a tachar el sujeto,  $\bar{S}$ , que ahora se presenta como dividido. La represión primaria entonces, es represión de significantes, no de significados. La barra niega al significante la función de representar al significado, la significación, no justifica al significante.

La linealidad de la cadena propuesta por Saussure, no responde a la estructura temporal y espacial del significante que la experiencia analítica comienza a trazar. Significante y significado, no fluyen, entre ambas se produce un abrochamiento al que Lacan denominó punto de almohadillado.

Lacan, habla de dos operaciones a las que equipara respectivamente con la condensación y el desplazamiento introducidos por Freud: metáfora y metonimia. La metáfora funciona fundamentalmente a través de la sustitución, sobre todo de la sustitución de posición. La metonimia, se inscribe en el orden de las relaciones de contigüidad, de alineamiento.

Ambas, son introducidas con referencia al lugar del sujeto en la búsqueda de la verdad y al decir entre líneas que caracteriza al decir inconsciente, que dice su verdad a pesar de la censura o que la utiliza a su favor para revelarla de todos modos, diciéndola indirectamente.

La metonimia, es la conexión palabra a palabra, la metáfora, es la sustitución de una palabra por otra. Ambas implican la imposibilidad de la existencia del significante aislado, ambas remiten a la cadena significante.

Esta conexión de significante a significante, esta concatenación, es el articulador que permite, “la elisión”, que instala la falta en ser en la relación de objeto. Elidir, significa malograr, desvanecer una cosa.

“La elisión es supresión, desvanecimiento de la cosa en la relación de objeto, es decir, la pérdida de la particularidad y de su naturalidad, la negatividad del lenguaje que anula el objeto, y deja al sujeto cautivo de la remisión incesante de las significaciones entre sí, donde el referente parece perdido para siempre. Falta en ser, es decir: deseo y metonimia hacen uno a través de la elisión. La falta en ser que es la esencia del deseo, se produce por el atrapamiento del sujeto en la remisión indefinida de significaciones, en la que él, al igual que el objeto, se desvanece” (Rabinovich, 1986: 30).

La metáfora, se funda en la sustitución significante, produciéndose como efecto de esta sustitución, una creación de sentido, es decir, el advenimiento de una significación.

La metonimia, que es el deseo, es inseparable de la demanda. Así como esta hace a la falta en ser, la metáfora hace al ser.

Para Lacan, la necesidad pura, no existe, se pierde por el simple hecho de que somos seres hablantes. Entonces, la necesidad, no es biológica, sino lógica, porque “pasa por los desfiladeros del significante. Ese grito, y ese llanto, es interpretada por otro. Por tal motivo, se pierde la necesidad y se produce la “demanda”

La demanda, es la necesidad puesta en palabras. Toda demanda, es demanda de amor, de presencia incondicional, de que el Otro nunca falte, siempre esté ahí. Ahí, se genera un punto de imposibilidad. Ese Otro, también

desea, también tiene falta, también está barrado por el mundo simbólico, y por eso no puede responder con presencia incondicional.

En este contexto, aparece el “deseo”, como el margen que queda entre la necesidad y la demanda. Cualquier satisfacción de la demanda va a generar un resto que no se satisface, ahí es donde tiene lugar el deseo. El deseo, es la metonimia de la falta en ser. Se busca algo que nunca se va a alcanzar porque está perdido por estructura.

La “estructura” es un concepto simbólico. Es un conjunto de elementos covariantes que entrañan una falta. Es un conjunto de elementos articulado entre sí, cuya coexistencia es necesaria para definir la estructura.

Una estructura, como concepto, no supone entre sus elementos jerarquización alguna.

Lacan, agrega el hecho, de que esta estructura, nunca es completa, conlleva o entraña el lugar como tal de una “falta” o de una ausencia.

La relación fundamental que guardan entre sí los elementos de la estructura, tal como es concebida en psicoanálisis, es la co- variancia. Sus elementos, son los significantes, que se caracterizan por ser: discretos, en número finito, y todos variables dentro del sistema de las relaciones sincrónicas y diacrónicas, existentes entre ellos. Lo que los hace esencialmente insignificantes.

Freud, habla de un sujeto construido por obra de un mecanismo fundante: la “represión primaria”. Un sujeto preso de esta represión que nunca puede ser suprimida o levantada. Esto supone un sujeto, que tiene en sí, un saber que desconoce, y desconocerá siempre.

La consecuencia de esta, es que no existiría autoconsciencia completa, no habría un saber que se sepa totalmente a sí mismo, ni un sujeto que sepa ese saber.

Esta represión primaria, es fundamental para la construcción de aquello que Freud denominó “aparato psíquico”, y para la comprensión de la “estructura inconsciente” del sujeto.

Por el hecho de que existe una represión primaria estructural, es que el inconsciente, nunca podrá ser recuperado en su totalidad.

Tal como se dijo anteriormente, Lacan habla de una estructura incompleta. El A sin barrar, sería un mito humano, un efecto mismo de la estructura. Ese Otro garante de verdad, que garantiza la posibilidad de un saber es un efecto de la estructura, que tiende a crear el efecto de completud.

Lo que caracteriza a la estructura es la articulación de sus elementos, y el hecho de que pueden rotar de lugar.

Para Freud, la falta central en psicoanálisis, es la castración. Una de las formas de puesta en orden de la estructura, es el Complejo de Edipo, sin embargo, este, no agota la estructura como tal.

Todas las estructuras psicopatológicas se sitúan en relación a la castración. Esto, es para Freud, un elemento de la estructura.

### **I.3 La estructura y su articulación con los tres registros: Imaginario, Simbólico, y Real.**

Lo propio, lo característico de Lacan es sostener que toda realidad humana, está organizada por los tres órdenes: lo imaginario, lo simbólico y lo real. La estructura como tal, está constituida por los tres órdenes, por tanto, las distintas patologías, dependerán de cómo se anuden los tres órdenes entre sí. La forma en que estos se anuden en el nudo borromeo, es para Lacan al final de su experiencia, la estructura misma.

El concepto de estructura de Lacan en tanto conjunto de elementos covariantes, implica que si se modifica uno, se modifican todos.

En esta estructura, hay siempre un lugar vacío, un lugar de una ausencia, un lugar donde no hay nada. Ese lugar, es central en la teoría de Lacan. Hay una insistencia en lo que él puede llamar ausencia, falta, agujero, que está presente. La estructura esta descompletada porque tiene un lugar vacío que permite ciertas permutaciones, ciertos cambios. Es importante tener en claro, que lo que está en el lugar vacío, puede cambiar. El vacío, no es único, sino que puede designar distintas cosas.

En su obra, hay diferentes niveles de definiciones, pero el más general, es aquel por el cual la estructura está organizada por la articulación particular de los tres órdenes: Imaginario, Simbólico y Real. Al principio, y solo por una cuestión practica, tienen cierta jerarquización en función del momento de su descubrimiento. El primero en ser descrito en detalle, es el orden de lo imaginario, mientras que lo simbólico sigue, y lo real un poco más tarde; para luego, al final

de su enseñanza aclarar que ninguno de los tres órdenes tiene mayor jerarquía que otro, sino que los tres, según como se articulen, según como se encadenen, determinan efectos diferentes.

Ahora bien, a modo de aclaración, es importante resaltar que la falta, está siempre en el centro de los tres órdenes. La misma, está en la estructura, pero también cada uno de los órdenes tiene un punto de falta.

La naturaleza humana, es justamente aquello que los tres órdenes constituyen. Lo que se llama naturaleza humana, es un efecto, no algo que existe como innato.

La estructura se ordena, se determina por unas leyes que le son propias, que se articulan con ciertas contingencias.

En este sentido, cada uno de nosotros, somos el producto de una combinatoria única, diferente, donde habrá algunos elementos similares, pero donde el resultado es absolutamente particular.

Como ya se dijo anteriormente, de estos ordenes, el primero que Lacan comienza a describir, es el orden imaginario.

El ser humano se mueve en forma constante en el orden imaginario, el mismo, implica un desconocimiento. Allí donde no hay respuestas, el sujeto cree que las hay. El yo se percibe como unificado.

Lo imaginario, tiene una doble función: obturar la falta, y a la vez, denunciar el hueco. Es a partir de esto, que se puede decir que hay algo que nos preexiste: el significante, que es el que nos introduce en el orden simbólico. Por tal motivo, algo no va a poder ser nombrado, lo real. De todos modos, el sujeto constantemente va a intentar obturar la falta en el orden imaginario.

En este orden, entramos en la dimensión de la importancia de la imagen para el sujeto. La imagen tiene un valor cautivante para los humanos, que adquiere rasgos particulares en la especie humana.

El hombre, siempre está capturado por la imagen de su cuerpo y el privilegio que esa imagen tiene para él. La alteración de la dimensión de lo visual, tiene un papel particular en la constitución de la subjetividad, y dentro de esa particularidad la imagen del semejante humano adquiere una importancia específica. Vale resaltar la palabra “visual”, porque Lacan separa este concepto de “la mirada”, a la cual la toma como un objeto particular.

La anticipación del desarrollo de la coordinación visual sobre la coordinación motriz, es un hecho que Lacan va a tomar de la psicología evolutiva y va a resaltar en su explicación de este orden imaginario.

Esta anticipación va a permitir, por ejemplo, que un niño, anticipe su propia posibilidad de caminar, a partir de ver a otro niño que camine, a adultos que caminen o a gente que hace cosas que él aún no puede, adquiriendo de esta manera, cierta dimensión de lo que vendrá. Así, alcanza a ver y a percibir que entre lo que él ve y lo que él puede hacer, hay una distancia. Esta discrepancia entre la visión y la motricidad es propia de la especie humana. Esto se relaciona con un punto que Freud y Lacan han señalado: la importancia de la prematuración de los humanos. No hay, de hecho, ningún animal, que tenga un periodo de formación y de constitución tan largo como los seres humanos.

Lacan va a decir, que a partir de ese momento, se le abre al niño la posibilidad de anticipar lo que vendrá.

La imagen del semejante, le muestra al niño, una funcionalidad, y una eficiencia que el todavía no tiene. Esta imagen, se vuelve para él una imagen privilegiada. Se trata de la anticipación de una motricidad que él todavía no tiene, que luego, será el habla y posteriormente muchas cosas más, lo que implica que el ser humano queda estructurado por la imagen de ese otro. Y ese otro en Lacan, que se escribe siempre con minúscula, es el semejante, aquel cuya imagen me fascina, aquel que me captura justamente porque tiene posibilidad de hacer determinadas cosas que yo aún no puedo. Esta dimensión de anticipación, tiene un efecto fundamental.

“No se trata de que hay una vivencia originaria de incoordinación, sino que la incoordinación, devuelve y resignifica retroactivamente, mi estado como incoordinación. No es que la vivencia sea primera, sino que a partir de ver que la unidad motora muestra su eficiencia en el otro, hacia atrás, el niño puede calificar lo que ha experimentado como impotencia o incoordinación de su organización. En Lacan, es de relevancia fundamental, el hecho de que la significación aparece siempre después. No existe una significación primera, sino que lo que se experimenta queda definido como una significación siempre por este momento de anticipación y retroacción”. (Rabinovich, 2005: 6)

El punto central es que entre los seis, siete meses y hasta los dieciocho meses más o menos, en el estadio del espejo, que es la matriz imaginaria, surge algo que no les sucede al resto de los animales, se trata del reconocimiento de la imagen especular. El único que queda cautivado por la imagen del espejo, y no va a buscar atrás, es el sujeto humano. A ello se debe la importancia de lo visual, de la imagen del otro en la constitución de los sujetos, lo que Lacan llama el orden de



lo imaginario. Lo fundamental, es que esto lo constituye, y lo que constituye como tal este funcionamiento es lo que Lacan llamará “yo” (*moi*). En su teoría, está, el yo (*moi*), que es siempre imaginario, aunque tiene otros elementos también, simbólicos y reales, y el yo (*je*) que es el shifter de la gramática, el que indica la posición del sujeto cuando habla.

Lo que finalmente se constituye a partir de la anticipación y de la identificación con esta imagen de alguien que puede hacer cosas que él no puede, es precisamente, el yo como estructura.

Las raíces son la prematuración, el hecho de que el niño tenga incluso un desarrollo diferencial de ciertos aspectos evolutivos, como la visión anterior a la coordinación motora. Esto, constituye como tal, lo que es el orden de lo imaginario.

Se resalta en su obra, la maduración precoz de la visión respecto de los demás sentidos, que permiten la formación de una imagen de unidad, que anticipa y supera la coordinación motora del niño. Lacan llama a esto “discordancia” entre motricidad y visión, y considera que la cría del hombre está condenada a las formaciones de lo imaginario, de la imagen, de lo visual.

En este mismo sentido, introduce un segundo elemento que se adiciona al arriba mencionado: la importancia del papel de la imagen del semejante en ciertos momentos del desarrollo.

“La prematuración, es el telón de fondo en el que se inserta lo visual en su anticipación, generando una unidad y una coordinación motriz de la que el infans carece. Por ello puede ver su imagen unificada en el otro (con minúscula),

con la que rivaliza, no pudiendo empero emularla, y de allí su desesperación, lo que Lacan llama, el lugar de la fragmentación”. (Rabinovich, 1995: 3)

La primera experiencia de la imagen unificada, una vez que se produce, queda como esa mítica primera vez, y asume la función de “muleta”. Lacan habla de una muleta porque le permite al bebe protegerse en cuanto tal del desamparo y la invalidez. Esta imagen, funciona como una especie de seguro contra el desamparo. La muleta, no se separa de la prematuración, pero una vez que se constituye, es algo que reasegura, que calma. Esta, es una función que el yo guardará y tendrá múltiples vicisitudes.

En cuanto al Estadio del Espejo, se lo podría resumir en el interés lúdico que el niño testimonia por su imagen especular, rasgo mediante el cual el niño se distingue ciertamente del animal.

Según Lacan, si el niño goza cuando se reconoce en su forma especular, es porque la completud de la forma se anticipa respecto de su propio logro; la imagen es indudablemente la suya, pero al mismo tiempo es la de otro puesto que él está en déficit respecto a ella. Es debido a este intervalo que la imagen lo captura y se identifica a ella. Esto lleva a Lacan a la idea de la “alienación imaginaria”, es decir, al hecho de identificarse a la imagen de otro, Esto es constitutiva del yo (*moi*) en el hombre, y que el desarrollo dado por identificaciones ideales. Se trata de un desarrollo donde lo imaginario está inscripto, no es un puro y simple desarrollo fisiológico.

Otro aspecto destacado por Lacan y en relación al orden imaginario, tiene que ver con lo que menciona Miller: “...la agresividad ambivalente del hombre respecto a su semejante, que es aquel que lo suplanta, que está en su

lugar, justamente porque es su semejante, es decir porque es otro siendo a la vez el mismo sobre el modelo de esta imagen primera”. (Alain Miller, 1991: 12)

Se podría pensar, en función de esto, en una relación paranoica entre el hombre y su objeto, ya que este le interesa en la medida en que el otro está dispuesto a quitárselo.

El yo, en esta concepción, no es unificador, tampoco es unificado, es un desorden de identificaciones imaginarias, y en el curso de la cura analítica, estas identificaciones imaginarias, reaparecen sucesivamente.

En lo que respecta al orden simbólico, es preciso destacar que opera también sobre lo imaginario.

“Lo simbólico, es una noción muy elaborada, muy heterogénea. Una vez que se ha distanciado el símbolo de la imagen, lo simbólico tendría dos vertientes: la vertiente de la palabra, y la vertiente del lenguaje. En cuanto a la vertiente de la palabra: mientras que la relación imaginaria, tal como fue esbozada anteriormente, es fundamentalmente una dimensión de guerra, de rivalidad mortal, Lacan encuentra en la palabra una función pacificadora. En este momento, habla de la palabra como una función de mediación entre los sujetos. La otra vertiente, concierne a lo que se puede llamar orden simbólico como conjunto diacrítico de elementos discretos, separados. Diacrítico quiere decir que los elementos adquieren valor unos respecto a los otros. Estos elementos separados están, privados de sentido, y forman en su conjugación una estructura articulada, combinatoria y autónoma” (Miller, 1991: 14-15).

Una famosa tesis de Lacan dice “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”. Es decir, donde hay lenguaje, aparece el orden simbólico. Ese

“como” es fundamental. El inconsciente tiene una estructura semejante a la de un lenguaje, siendo “un”, un artículo singular indefinido.

No se puede hablar de una adquisición progresiva del lenguaje. Los niños pequeños, utilizan formas de lenguaje sumamente elaboradas ya desde el punto de vista sintáctico, el niño esta de entrada, bañado por el lenguaje. No hay que permitir que la idea de aprendizaje nos ciegue frente al hecho de que la estructura del lenguaje preexiste a la entrada del sujeto en esa estructura, sea cual sea el aprendizaje, el niño no modifica esta estructura, sino que debe someterse a ella.

El punto central, es que la estructura del lenguaje en Lacan, es un lenguaje que es el inconsciente, no tiene las mismas unidades necesariamente que el análisis lingüístico.

Lacan ordenará las leyes de ese lenguaje, a partir de lo que Freud define como condensación y desplazamiento; que articulará con esas dos figuras de la retorica que son la metáfora y la metonimia.

Definirá al significante como pura diferencia, como todo lo que otros no son. Como ya se dijo anteriormente, rompe con aquello propuesto por Saussure, porque la significación para Lacan, es efecto del significante. Por lo tanto, no hay significación previa al lenguaje.

El significante, actúa sobre el significado, e incluso el significante crea al significado, y es a partir del sin sentido del significante que se produce la significación.

Para que se constituya el mundo de la realidad tiene que constituirse el sujeto a partir del significante. El significante lo captura, lo aprisiona. Esto implica

una compleja constitución subjetiva, que para él se logra a través de los tres órdenes.

En este sentido, Lacan introduce el concepto de “cadena significativa”, y lo hace para dar cuenta de la sobredeterminación, en la cual ve la condición de toda formación del inconsciente.

Lacan plantea que “el significante cava un surco en lo real”, quiere decir que divide al sujeto y provoca un imposible. Es el significante el que introduce la ley, un orden, hay algo que no va a poder ser nombrado.

La ruptura de lo simbólico, implica un enfrentarse a lo real. Lo real es lo que surge justamente por estar sumergidos en lo simbólico, es un punto imposible, lo que no se alcanzará jamás.

Lacan muestra como la relación entre la estructura simbólica y el sujeto se distingue de la relación imaginaria del yo y del otro. Para ello, introdujo la escritura del Otro con mayúscula (A), que se distingue del otro con minúscula, que es recíproco, simétrico del yo imaginario.

El Otro, es gran Otro (A) del lenguaje, que está siempre allí. Es el Otro del discurso universal. Es también el Otro de la verdad, ese Otro que es un tercero respecto a todo diálogo, porque en el diálogo del uno y del otro siempre está lo que funciona como referencia, tanto del acuerdo como del desacuerdo.

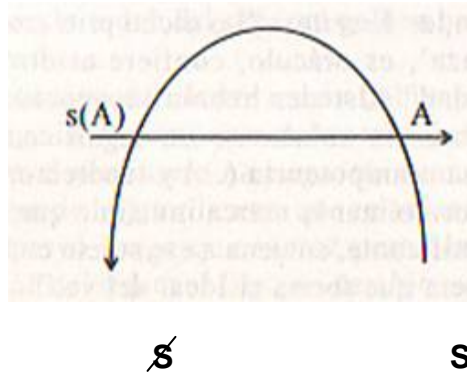
El Otro, es una dimensión de exterioridad que tiene una función determinante para el sujeto.

En la comunicación humana, el emisor recibe su mensaje del receptor en forma invertida

Cuando alguien pronuncia un discurso, despliega el vector horizontal al que Lacan llama “vector de la intencionalidad” o “despliegue de la cadena significante”, ese discurso, choca con el lugar del código en el momento en que se produce un determinado corte, que puede ser sencillamente el que representa la puntuación en una frase. Solo cuando el mensaje termina de ser emitido, retroactivamente, a partir del lugar del código se produce por retroacción la significación. Entonces, en un segundo tiempo, a partir del cruce con el código, se produce un segundo cruce, retroactivo en el que se produce el significado, ese punto, está marcado en el grafo como  $s(A)$ , significado del Otro.

Estos dos vectores resumen el hecho de que aquel que escucha, está situado en “A”, y en tanto está situado allí, decide el sentido del discurso. A esto, Lacan lo denomina “poder discrecional del oyente”, quien fija el sentido del discurso a partir de su escucha.

Esta célula, es una célula sincrónica, en la que hay dos dimensiones temporales, una de anticipación, representada y definida a partir de la puntuación que se produce en el encuentro con el segundo, en el punto en que se configura el primer lugar del cruce: el A, el lugar del código. Nos volvemos a encontrar entonces con esta temporalidad particular que va de la anticipación de la intención a la retroacción de la puntuación que determina a partir del lugar del Otro el significado que se le da al mensaje.



Lacan señala que puede interpretarse el vector vertical en modo histórico, sugiriendo un momento mítico de surgimiento del sujeto del inconsciente,  $\bar{s}$ . En el punto de origen de ese vector está el sujeto como un sujeto indiferenciado de la necesidad, que aún no es el sujeto determinado por el significante. Ese sujeto mítico de la necesidad, encuentra al lugar del código, una vez atravesado ese lugar, la necesidad se ve obligada a atravesar por los desfiladeros del significante. Este pasaje obligado, tal como se dijo anteriormente, determinará que ésta pierda su carácter continuo y va a producir una discontinuidad en la continuidad natural de la necesidad para adecuarse a los significados del Otro, y este proceso, culmina con la formación del “sujeto del inconsciente”.

Volviendo a la demanda, se trata de aquello que se puede poner en palabras, aquello que puede ser dicho, que puede ser articulado concretamente en el discurso. La demanda, es fundamentalmente, tal como dice Lacan, una demanda de presencia- ausencia, está ligada a la presencia- ausencia de ese Otro a quien el niño está sujeto.

Desde este punto de vista, esta demanda al Otro de las pruebas de amor, es una demanda incondicionada, exige una presencia absoluta que quiere al Otro siempre ahí, pero, eso es imposible. El otro al que se dirigen las primeras demandas, que ocupa el lugar del código, no está siempre ahí, incluso estando ahí puede no estar ahí, simplemente porque está distraído por ejemplo.

Entonces, hay momentos donde se empieza a introducir esta ausencia del otro. Esta empieza a generar algo nuevo, porque más allá de la demanda de amor y de la prueba que se hace para ver si es amado o no, empieza a perfilarse un segundo nivel, que se juega a partir de la presencia- ausencia del Otro.

En este sentido, aparece la pregunta del porque de la ausencia del Otro, por qué el otro va y viene, porque no se queda ahí, esto crea lo que Lacan agrega posteriormente, que es la base del nuevo piso del grafo, el piso superior, que es el piso de la enunciación inconsciente.

Siguiendo con el desarrollo de los tres órdenes; lo real, es aquello que en un primer tiempo en la obra de Lacan, está fuera de lo imaginario y lo simbólico. La primera definición, es que “lo real vuelve siempre al mismo lugar”. Se articula a lo simbólico y lo imaginario. Es delimitado por lo simbólico y lo imaginario, pero queda por fuera, no puede ser absorbido. Por eso es algo con lo que se choca. Insiste, vuelve siempre al mismo lugar.

Acá, es posible articularlo con la repetición freudiana. Un punto real es el que pone el dedo en el enchufe más de una vez. A menudo se suelen escuchar frases como “siempre me pasa lo mismo”. Estos son ejemplos que tienen que ver con lo real. El sujeto puede articularlo pero le escapa.



Lo real como lo que vuelve siempre al mismo lugar y como lo imposible lógicamente, son puntos dependientes del sistema simbólico. Estos puntos de imposibilidad, son los que van a insistir en el mismo lugar, producen el efecto de obstáculo, provocan la repetición, como repetición de un encuentro imposible. Lo real es el obstáculo en el deslizamiento de la cadena. Lo que vuelve siempre al mismo lugar, lo imposible de encontrar, es el objeto perdido, objeto perdido por estructura.

Es efecto de la represión primaria, hubo algo que ligó y algo que no. Hablar de lo real, no es lo mismo que hablar de la realidad, esta última, es una pantalla que nos protege frente a lo imposible, mientras que lo real, es justamente eso, lo imposible, un vacío, un hueco.

Los tres registros, siempre aparecen juntos, ya que forman parte de la estructura del sujeto. En el neurótico, son articulados por la metáfora paterna.

# **CAPÍTULO II**

**“El concepto de objeto en  
psicoanálisis”**

## **CAPITULO II: “EL CONCEPTO DE OBJETO EN PSICOANALISIS”**

### **II.1 El objeto, sus dimensiones e implicancias.**

Para comenzar a hablar del concepto de objeto, es importante volver a Freud, a la lectura que él hacía del concepto del mismo.

Diana Rabinovich, va a decir en “El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica”, que en la obra Freudiana fueron delimitadas tres grandes perspectivas, tres grandes dimensiones del concepto de objeto.

Desde una perspectiva teórica, el primero en ser deslindado, fue el objeto de deseo, el objeto perdido de la experiencia de satisfacción alucinatoria.

En 1905, se suma otro objeto, un nuevo objeto muy cercano al objeto del deseo pero que no es idéntico: el objeto de la pulsión parcial. La diferencia fundamental entre éste y el objeto del deseo, es que el objeto perdido del deseo, es condición de producción del objeto pulsional en la obra freudiana; este último, adquiere rasgos que le son propios y son inseparables del autoerotismo y la inclusión del cuerpo.

La tercera dimensión, tiene que ver con la serie de la elección de objeto, derivada de las dos dimensiones anteriores. Esta serie es correlativa de la introducción y progresivo despliegue del concepto de narcisismo y de la exploración de lo que se denominó “objeto de amor”.

Al hablar de objeto, no se puede dejar de mencionar, a manera de introducción, un objeto, “el falo”, cuyo privilegio surge de manera relativamente

tardía en la obra freudiana, y se articula de manera distinta con las series anteriormente mencionadas.

Estas dimensiones del objeto, son el punto de partida de dos series diferentes: la serie pulsional con sus estadios, y la serie de la elección de objeto que se despliega desde el autoerotismo inicial, pasando por el narcisismo, para terminar con la elección de objeto heterosexual. Desde esta perspectiva, el narcisismo se considera una forma de elección intermedia de objeto, elección que Freud llama "homosexual", ya que se basa en la elección del semejante (Rabinovich, 1988:7).

El punto de partida común de ambas series, es el autoerotismo, a partir de ahí, luego se separan. La elección de objeto, remitirá a un "otro" definido en tanto que "persona", al campo de lo que luego se denominará totalización del objeto sexual, al otro como sexuado homo o hétero. La serie pulsional, en cambio, toma al otro tan solo como su apoyo, tal como lo indica el concepto de pulsión parcial en la medida que la misma, nace apoyándose en la necesidad, haciendo de la parte elegida del cuerpo un uso particular que produce aquello que Freud denominó "placer de órgano".

Es importante destacar en lo referente al objeto pulsional, que Freud habla de contingencia, de fijación, pero nunca de elección. Sin embargo, ambas series comparten el carácter contingente del objeto, así como la posibilidad de fijación.

El papel del narcisismo, es fundamental en lo que respecta a la elección de objeto, determinando la prevalencia de la dupla amor- odio y, por ende de la ambivalencia caracterizada por la transformación del contenido. La

ambivalencia, en cambio, se despliega estructuralmente en la serie pulsional en función de la transformación activo- pasivo, en la cual, el yo como objeto, no juega papel alguno.

Ambas series, convergen mas tarde en 1923 en la fase fálica, en aquella en que las pulsiones parciales se reúnen bajo la primacía del falo, posibilitando el acceso a la “sexualidad adulta”, a la “genitalidad”.

La importancia central del complejo de castración, reside precisamente, en su carácter de articulador de ambas series entre sí, y de las mismas con el complejo de Edipo.

En la obra freudiana, puede afirmarse que el objeto de deseo desempeña la función de condición de posibilidad de las otras dos series y sus objetos específicos.

La experiencia de satisfacción, aparece como anterior al autoerotismo, punto de partida de la serie libidinal y elección de objeto, y en la que se instala la perdida entre necesidad y deseo, entre satisfacción y realización.

De esta manera, quedaría esbozadas tres perdidas:

1. La pérdida de la satisfacción de la necesidad en pos del surgimiento de la realización del deseo, es decir, la pérdida de la naturalidad del objeto.
2. La pérdida del objeto real que determina la estructuración del autoerotismo
3. La pérdida del objeto como objeto de amor, la persona total.

Dichas pérdidas, remiten respectivamente a tres términos: deseo, pulsión y amor.

El deseo, dice Rabinovich, es un concepto fundante en la obra freudiana, y la primer pérdida, posibilita las otras dos, entonces, el objeto de la pulsión y del amor, son formas de sustitución del objeto perdido del deseo.

Dice también, que el punto de convergencia de las dos series, se sitúa justamente en relación a la madre porque es el objeto primero, objeto que desempeña su papel en las tres dimensiones nombradas, siendo su desempeño distinto en cada una de ellas.

Es por un lado, ese Otro inolvidable, que en función del desamparo y la indefensión, permite el surgimiento del objeto del deseo como diferente al objeto de la necesidad. Por el otro, se articula simultáneamente con la pulsión parcial, esto es claro con relación al pecho como objeto pulsional y con el complejo de Edipo en el que juega un papel central en tanto persona amada, es decir, como objeto total. (Rabinovich, 1988: 22).

En “Tres ensayos para una teoría sexual”, Freud va a decir que hay dos tiempos en la elección de objeto, lo cual muestra la no fidelidad de la concepción popular de que la sexualidad se inicia en la pubertad.

La primera de esas elecciones, se inicia entre los dos y los cinco años y el periodo de latencia la detiene o la hace retroceder; se caracteriza por la naturaleza infantil de sus metas sexuales.

La segunda, es aquella que sobreviene en la pubertad y determina la conformación de la vida sexual definitiva.

En la pubertad, el sujeto tiene que renunciar a los objetos infantiles debido a la prohibición del incesto, y volver a la corriente sensual, ya que sus metas, han sufrido un atemperamiento debido a la represión que se ubica entre

ambas fases y hacen que figure lo que podría llamarse “la corriente tierna de la vida sexual”.

La no confluencia de las dos corrientes, tiene como efecto que no pueda alcanzarse uno de los ideales de la vida sexual: la unificación de todos los anhelos en un solo objeto.

Durante este periodo, se afirma el primado de las zonas genitales al servicio de una meta sexual madura, conjuntamente también se consume algo a nivel psíquico, el hallazgo de objeto.

En función de esto, Rabinovich va a decir en el mismo artículo de 1988 que ...”cuando la primerísima satisfacción sexual tenía un objeto fuera del cuerpo propio: el pecho materno, lo perdió solo mas tarde quizá justo en la época en que el niño pudo formarse la representación global de la persona a la que pertenecía el órgano que le dispensaba satisfacción” (Rabinovich, 1988: 22).

Cuando habla de esa primerísima satisfacción, hace referencia a la realización alucinatoria de deseo, y ese objeto fuera del cuerpo propio que es el pecho materno aparece como una de las formulaciones posibles de ese otro inolvidable.

Podemos ver que la persona que cumplió la función de madre, quien ofreció al niño su primer objeto para satisfacer la necesidad de alimento, es al mismo tiempo quien aporta el más temprano e importante vínculo sexual.

Freud va a decir que la elección de objeto se consume primero a nivel de representación, ya que por las condiciones de maduración del joven, su vida sexual no puede desplegarse en otro terreno que en el de la fantasía, es decir, el de las representaciones no destinadas a ejecutarse.

De esta manera, se puede dar cuenta de la importancia de las elecciones infantiles, y de su incidencia en las posteriores, y esto dependerá de la mayor o menor fijación de la libido a estos objetos tempranos.

## **II.2 El narcisismo como etapa previa a la elección de objeto.**

En el texto de Freud “Introducción al narcisismo”, aparece la oposición entre la libido yoica y la libido de objeto, presentada a grandes rasgos. Cuanto más gasta una, tanto más se empobrece la otra. El estado del enamoramiento se presenta como la fase superior de desarrollo que alcanza la libido de objeto; se concibe como una resignación de la personalidad propia en favor de la investidura de objeto.

Respecto de la diferenciación de las energías psíquicas, estas, al comienzo están juntas en el estado del narcisismo y son indiscernibles e indiscriminables, y sólo con la investidura de objeto se vuelve posible diferenciar una energía sexual, la libido, de una energía de las pulsiones yoicas.

Si tuviéramos que establecer una relación entre el autoerotismo y el narcisismo, podríamos decir que el primero, es una etapa previa al narcisismo. Inicialmente, las pulsiones, no se orientan hacia otras personas, sino que encuentran su satisfacción en el propio cuerpo.

La vida amorosa del ser humano, aparece como una regia vía de acceso al estudio del narcisismo. Al comienzo, la libido yoica, quedó oculta para la observación tras la libido de objeto. El niño y el adolescente, eligen sus objetos



sexuales tomándolos de sus vivencias de satisfacción. Las primeras satisfacciones sexuales autoeróticas, son vivenciadas a través de funciones vitales que sirven a la autoconservación. Las pulsiones sexuales se apuntalan al principio en la satisfacción de las pulsiones yoicas, y sólo más tarde se independizan de ellas. Ese apuntalamiento sigue mostrándose en el hecho de que las personas encargadas de la nutrición, el cuidado y la protección del niño devienen los primeros objetos sexuales: son, sobre todo, la madre o su sustituto.

Junto a este tipo y a esta fuente de la elección de objeto, que puede llamarse el tipo del apuntalamiento (tipo anaclítico), la investigación nos ha puesto en conocimiento de un segundo tipo.

Se descubre que ciertas personas, aquellas cuyo desarrollo libidinal experimento una perturbación, no eligen posteriormente su objeto de amor según el modelo de la madre, sino según el de su persona propia. Se buscan a sí mismos como objeto de amor, y manifiestan el tipo de elección de objeto llamada "narcisista".

Es en esta observación, es donde aparece el motivo más fuerte que llevó a Freud a adoptar la hipótesis del narcisismo.

La elección de objeto, tal como se dijo, puede responder a dos tipos: el narcisista, o el de apuntalamiento, pudiendo cada sujeto preferir uno o el otro. Freud va a decir en el mismo texto... "tiene dos objetos sexuales originarios: él mismo y la mujer que lo crió, y presuponemos entonces en todo ser humano el narcisismo primario que, eventualmente, puede expresarse de manera dominante en su elección de objeto" (Freud, 1914: 85).

Podemos ver esquemáticamente los tipos de elección:

Se ama según el tipo narcisista:

- A lo que uno mismo es (a sí mismo),
- A lo que uno mismo fue,
- A lo que uno querría ser, y
- A la persona que fue una parte del sí-mismo propio.

Se ama según el tipo del apuntalamiento:

- A la mujer nutricia, y
- Al hombre protector

Si tenemos en cuenta la actitud tierna de los padres hacia sus hijos, se la puede considerar, como el renacimiento y reproducción del narcisismo propio abandonado. La sobrestimación, rasgo característico del narcisismo, gobierna este vínculo afectivo. De esta forma, predomina una compulsión a atribuir al niño todas las perfecciones y a encubrir y olvidar todos sus defectos. El niño debe tener mejor suerte que sus padres, no debe estar sometido a esas necesidades objetivas cuyo predominio en la vida hubo de reconocerse. Debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres.

En relación a esto, Freud va a decir: “El punto más espinoso del sistema narcisista, esa inmortalidad del yo que la fuerza de la realidad asedia duramente, ha ganado su seguridad refugiándose en el niño. El conmovedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es otra cosa que el narcisismo redivivo de los

padres, que en su trasmutación al amor de objeto revela inequívoca su naturaleza” (Freud, 1914: 88).

Tal como se sabe, la represión, parte de yo. Las mismas impresiones y vivencias, los mismos impulsos y mociones de deseo que un hombre tolera o al menos procesa conscientemente, son desaprobados por otro con indignación total o ahogados incluso antes de que devengan concientes. Sin embargo, no es difícil expresar la diferencia que existe entre esos dos hombres, que contiene la condición de la represión. Se puede pensar que uno, ha erigido en el interior de sí un “ideal” por el cual mide su yo actual, mientras que en el otro, falta la formación del mismo. La formación de ideal sería, de parte del yo, la condición de la represión. Sobre este yo ideal recae ahora el amor de sí mismo del cual en la infancia gozó el yo real. El narcisismo aparece desplazado ahora, a este nuevo yo ideal que, como el infantil, posee todas las perfecciones valiosas.

Tal como ocurre siempre cuando nos metemos en el ámbito de la libido, se observa la incapacidad del hombre de renunciar a la satisfacción de la que alguna vez gozó. No quiere privarse de la perfección narcisista de su infancia, y si no pudo mantenerla por el despertar de su juicio propio, procura recobrarla en la nueva forma del ideal del yo. Lo que él proyecta frente a sí como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido de su infancia, en la que él fue su propio ideal.

Sería fundamental, poder establecer aquí la relación que existe entre esta formación del ideal, y la sublimación. Esta última, se trataría de un proceso que atañe a la libido de objeto, y consiste en que la pulsión se lanza a otra meta, distante y distinta de la satisfacción sexual. Se hace hincapié entonces en la desviación respecto a lo sexual.

La idealización, es un aspecto que se encuentra íntimamente vinculado con el narcisismo, sin embargo, es posible tanto en el campo de la libido yoica, como de la libido de objeto. Se trataría de un proceso que envuelve al objeto; sin cambiar de naturaleza, éste es engrandecido y realizado psíquicamente.

La formación del ideal, aumenta las exigencias del yo y es el más fuerte favorecedor de la represión. La sublimación constituye aquella vía de escape que permite cumplir las exigencias sin dar lugar a la represión.

El desarrollo del yo consiste en un distanciamiento respecto del narcisismo primario y engendra una intensa aspiración a recobrarlo. Este distanciamiento acontece por medio del desplazamiento de la libido a un ideal del yo impuesto desde afuera; la satisfacción se obtiene mediante el cumplimiento de este ideal. Simultáneamente, el yo se empobrece en favor de las investiduras libidinosas de objeto, así como del ideal del yo, y vuelve a enriquecerse por las satisfacciones de objeto y por el cumplimiento del ideal.

### **II.3 Lacan y el objeto en psicoanálisis.**

En psicoanálisis, el objeto, no se trata de un objeto de conocimiento, sino que opera en el nivel de la percepción, tal como la entiende Freud. Opera en el nivel de proceso primario, de la identidad de percepción, imposible de lograr por otro lado.

Ya en el capítulo anterior, se realiza una primera aproximación a los tres órdenes: imaginario, simbólico, y real, ahora, quisiera referirme específicamente a la relación de objeto con los tres órdenes.

El objeto a de Lacan es, a la vez, imaginario, simbólico y real.

La primera forma de ese objeto, se relaciona con el estadio del espejo y con la imagen especular.

Ya en la época del estadio del espejo hay un concepto de objeto a, que todavía no es real ni simbólico; es el objeto de la rivalidad especular, el objeto por el que los niños pelean. Ese objeto a es visible, es visible en términos de imagen especular, en términos del espejo que puede representar la visión del Otro, y es la visión que el niño puede tener de sí mismo en un espejo, cuando logra identificarse con ese que está representado en el espejo.

Hay un punto fundamental que hay que tener en cuenta para ver el vuelco que Lacan da. Si el objeto a, es la imagen del cuerpo, todo lo que sigue en relación al objeto a será definido como “fuera del cuerpo”, que no forma parte de la imagen especular. El objeto a como objeto metonímico, como objeto causa, o como objeto de la pulsión, no forma parte del cuerpo especular; por eso no tiene representación en el espejo. En el espejo aparece representado como un espacio en blanco, como un vacío, como un hueco.

Ese “fuera del cuerpo” del objeto, podría aplicarse a otro concepto fundamental que aparece ya en la teoría freudiana, el falo. Lacan, también lo caracteriza como “fuera del cuerpo”, entendiendo esto como fuera del cuerpo especular, fuera de la imagen unificada.

Esta imagen especular, esta imagen unificada del cuerpo, tiene que ver con el narcisismo freudiano, con la constitución del yo narcisista.

En resumen, esta imagen y este objeto imaginario, que es, por un lado imagen del cuerpo y, por otro, el objeto de competencia del transactivismo, donde el objeto del deseo del otro con minúscula, del semejante, es mi objeto de deseo, es el primer nivel en que aparece el objeto como imaginario.

Lacan, cuando empieza a introducir el objeto como simbólico, da un vuelco en relación a lo que era el objeto del deseo del transactivismo, y modifica el sentido del “objeto del deseo”. Ahora, lo define como ese objeto que se escapa siempre, que huye hacia adelante y que por más que se quiera no se puede apresar como tal; y lo califica como “objeto metonímico”.

La palabra “metonímico”, tendría que ver con aquello está permanentemente desplazándose, rebotando de un significante a otro, y cuando se cree que se lo agarró, inmediatamente se percata de que eso no era realmente lo que se perseguía.

Este objeto que huye, este objeto escurridizo que siempre remite a otro significante, donde finalmente no se encuentra lo que se quería buscar, es una de las dimensiones del objeto como metonímico. Es un objeto de deseo pero, en tanto objeto del deseo, es un objeto por definición inalcanzable.

“Metonimia, también quiere decir la parte por el todo, y esta es la forma que tiene Lacan de referirse al objeto parcial. Se trata de un fragmento, de un pedazo, que no tiene totalización posible. Para él, el objeto parcial, es parcial por estructura. No hay forma de hacerlo todo ni hay forma de hacerlo, como tal, parte de una totalidad mayor. En este sentido, es también fuera del cuerpo, porque no

forma parte del todo de la imagen especular; es uno de los puntos donde la imagen especular aparece como un blanco, como un agujero". (Rabinovich, 1995: 3).

En cuanto al objeto como simbólico, aparece como "objeto del don". Se trataría de un objeto simbólico, pero que no es parcial, ni contingente, ni fragmento no totalizable. De esta forma, se encontraría dentro de lo simbólico, una forma de objeto vinculada con el amor, que sería el objeto del don.

Lacan toma el modelo del don de los estudios realizados por Marcel Mauss sobre el "potlatch". Se trataba de una ceremonia propia de los pueblos primitivos en los que existía un determinado momento en donde se regalaban bienes y se competía a ver quién da más. Cada uno debía dar todo lo que tenía o más de lo que tenía.

Así, el don se asocia con el intercambio. Sin embargo, hasta acá, hay dos series de intercambios: el intercambio de la rivalidad especular, donde lo que predomina es la agresividad; y por otro lado, el intercambio pautado en lo simbólico, regulado y pacificado por lo simbólico que es el don.

A partir de la ceremonia del potlatch, Lacan introduce su definición de amor como el don de lo que no se tiene. El dice que dar lo que se tiene no sería amor, sino que estaría más cerca del mercantilismo; dar a cambio de otra cosa. Dar lo que no se tiene implica poner en juego algo de ese agujero que no se ve de lo simbólico, algo de la pérdida, de la falta.

La verdadera dinámica del amor tiene que ver con lo que no se tiene, con esa dimensión de la falta en el Otro, de lo que hace que el Otro no sea

completo, que quiera algo. Esta dimensión del amor como dar lo que no se tiene, explica porque ningún objeto concreto puede satisfacer.

El objeto como real, es el último en aparecer en Lacan. En primera instancia lo real es lo que vuelve siempre al mismo lugar. Luego, lo define como lo imposible en sentido lógico; imposible de imaginar y de integrar en el orden simbólico. Ambas conceptualizaciones se complementan para dar cuenta de los efectos de lo real.

Asimismo, para Lacan lo imposible común a toda especie humana es la pérdida de naturalidad de los sexos, y por lo tanto la no complementariedad entre ambos. Lo real como imposible en el ser hablante es inseparable de la naturalidad perdida.

Lo real es producto de lo simbólico, siendo que por el significante surge lo real aunque resultando inabordable por la cadena significativa. Lo real escapa a toda significación, queda por fuera de lo simbólico, es eso que no se puede situar, eso sinsentido, ese punto que Lacan llama “falta de significante.”

De manera que lo real en el cuerpo no lo podemos captar, está fuera de toda representación. Pero sí hay algo que nos indica la dimensión de lo real en el cuerpo, que es el goce. El goce es una de las formas en que se manifiesta lo real; goce corporal, ni metafórico, ni metonímico, existe porque no hay goce sexual completo, total.

Ese real interno al sistema significativo, producto de dicho sistema, es precisamente lo que se vincula con el goce definido en relación a la satisfacción de una pulsión. Es por la imposibilidad estructural de los sexos que se producirá



la pérdida de goce total del organismo constituyéndose un cuerpo erógeno por el corte que introduce en el cuerpo el significante.

La dimensión del goce tiene que ver con la sexualidad perversa polimorfa, es una satisfacción referida a esa articulación del cuerpo con la marca del significante. Por lo tanto, este goce perdido retornará en el cuerpo como goce localizado en las llamadas zonas erógenas puesto que el significante afecta al cuerpo en su modo de gozar.

El significante produce un corte, que es resto real que no se deja capturar por el significante, se puede acercar pero no alcanzar. Resto que no puede escribirse, pero que no cesa en su intento de escribirse, por lo cual se vincula con lo que vuelve siempre al mismo lugar.

Es lo real como resto, el objeto *a* perdido, como el objeto de la pulsión. Este objeto *a* real no pertenece a nadie o nada, se caracteriza, como Lacan mencionó, por ser éxtimo, es decir, no está ni afuera, ni adentro.

El objeto como real, sea como causa o como plus de gozar, es inseparable del cuerpo, pero no del cuerpo del espejo, sino del cuerpo no especularizable. El objeto *a* como real, no tiene forma posible de circular. Esta más allá de la metáfora y la metonimia; escapa al significante aunque sea producido por el significante.

Lacan explica que lo real no es lo mismo que la realidad psíquica puesto que ésta implica las ficciones del deseo; realidad es aquella pantalla que protege contra esos puntos de imposibilidad, ya que lo real, lo que provoca es angustia.

Tampoco son los objetos del mundo, lo material, ni lo abstracto. Sino que lo real se presenta ahí donde el significante mortifica al cuerpo vivo.

La angustia, como vía de acceso al objeto a, a aquello que no se puede significar, Lacan la desarrolla en el Seminario X para captar aquel resto que escapa a toda significación, aquello que obstaculiza la dialéctica significante. Por lo tanto, Lacan sostiene que la angustia no es sin objeto.

Freud en cambio, ya había dicho que la angustia se vincula con el desamparo primordial, donde la exigencia pulsional produce una perturbación económica, no pudiendo la energía ligarse a través del proceso primario. A partir de esto, el goce se relaciona con la angustia en sentido que si la pulsión insiste intensamente rodeando aquello faltante, el objeto a, yendo más allá del principio del placer, se hace presente lo displacentero de la angustia.

La angustia es lo que no engaña, va a decir Lacan en dicho Seminario, diferenciándolo de las ficciones del deseo. Angustia como señal de aquel resto real que se vincula con el goce, puesto que éste no se deja significar.

En resumen, eso que insiste en el mismo lugar produciendo este efecto de obstáculo, eso que se repite, lo que Lacan llamó tyché como repetición de un encuentro imposible con el objeto, es lo real.

“...la tyché, tomada como les dije la vez pasada del vocabulario de Aristóteles en su investigación de la causa. La hemos traducido por el encuentro con lo real. Lo real está más allá del automatón, del retorno, del regreso, de la insistencia de los signos, a que nos somete el principio del placer. Lo real es eso

que yace siempre tras el automatón, y toda la investigación de Freud evidencia que su preocupación es ésta” (Lacan, 1964: 62).

Lo real se repite, por eso la definición de lo que vuelve siempre al mismo lugar. Eso que a pesar del sujeto aparece nuevamente, relación con la repetición, y con lo que perturba el principio del placer.

# **CAPÍTULO III**

**“EL COMPLEJO DE EDIPO COMO  
COMPLEJO ESTRUCTURANTE”**

### **CAPITULO III: “EL COMPLEJO DE EDIPO COMO COMPLEJO ESTRUCTURANTE”**

#### **III.1 Introducción al Complejo de Edipo en Freud.**

Regularmente, en la niñez, se consume una elección de objeto como la que se supone característica en la pubertad. Tal como se menciona en los capítulos precedentes, el conjunto de las aspiraciones sexuales se dirigen a una persona única y en ella quieren alcanzar su meta. En este punto, se produce el máximo acercamiento posible en la infancia a la conformación definitiva que la vida sexual presentará luego de la pubertad. La diferencia respecto de esta última reside sólo en el hecho de que la unificación de las pulsiones parciales y su subordinación al primado de los genitales no son establecidas en la infancia, o lo son de manera muy incompleta. Por lo tanto, la instauración de ese primado al servicio de la reproducción es la última fase por la que atraviesa la organización sexual.

La característica fundamental de la organización genital infantil, es al mismo tiempo, lo que la diferencia de la organización genital definitiva del adulto: para ambos sexos, sólo desempeña un papel un genital, el masculino. Por tanto, no hay un primado genital, sino un primado del falo.

Freud va a decir que el niño varón, percibe sin duda, la diferencia entre varones y mujeres, pero al principio, no puede relacionarla con la diversidad de sus órganos genitales. Para él es natural presuponer en todos los otros seres vivos, un genital parecido al que él mismo posee.

Cuando el niño varón vuelca su interés sobre los genitales, lo deja ver a través de su ocupación manual en ellos, luego tiene que pasar por la experiencia de que los adultos no estén de acuerdo con este accionar. Más o menos clara, más o menos violenta sobreviene, por parte de las personas encargadas de la crianza, la amenaza de que se le arrebatará esta parte tan estimada por él, y con ello la activación del complejo de castración.

En el curso de sus investigaciones, o mediante la visión de una hermanita o compañerita de juego, el niño llega a descubrir que el pene, no es un patrimonio común a todos los seres humanos. Frente a esta impresión, su primera reacción es desconocer esa falta, cree ver un miembro a pesar de todo. Sostienen esto mediante la creencia de que todavía es pequeño y más tarde crecerá. En relación a esto, Freud va a decir en "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica" que, "Sólo más tarde, después que cobró influencia sobre él una amenaza de castración, aquella observación se le volverá significativa; su recuerdo o renovación mueve en él una temible tormenta afectiva, y lo somete a la creencia en la efectividad de la amenaza que hasta entonces había echado a risa" (Freud, 1925: 271).

El niño, durante su desarrollo y a través de las distintas investigaciones que va realizando, llega a establecer tres teorías sexuales infantiles.

La primera de estas teorías, tiene que ver con el descuido de las diferencias básicas entre los sexos, con el intento del niño de atribuir a todos los seres humanos, incluso a las mujeres, un pene como el que el mismo posee. Al ver los genitales de una hermanita o compañerita de juego, sus manifestaciones, no dan cuenta de haber comprobado la falta de miembro, sino que a modo de

consuelo dice que posteriormente este miembro crecerá. Los genitales de la mujer, concebidos luego como mutilados, recuerdan aquella amenaza de castración que alguna vez recibió y que ahora se le hace presente. Ese pene pequeño, y que ya no crecerá, se comporta en la infancia de la mujer como un pene genuino y, se convierte en la sede de excitaciones, su estimulabilidad presta al quehacer sexual de la niña un carácter masculino, y hace falta una oleada represiva en la pubertad para que, por remoción de esta sexualidad masculina, surja la mujer.

La ignorancia del niño de la vagina le permite convencerse también de la segunda de sus teorías sexuales. “Si el hijo crece en el vientre de la madre y es sacado de ahí, ello ocurrirá por la única vía posible: la abertura del intestino” (Freud, 1908: 198). El niño considera que el bebe es evacuado como si fuera un excremento, un producto del intestino.

La tercera de estas típicas teorías sexuales se genera cuando los niños, azarosamente, son testigos de la relación sexual entre sus padres. En ese caso, reciben una percepción algo incompleta. Al observar la posición, los movimientos, los ruidos y demás circunstancias llegan a una conclusión algo sádica del coito. Lo perciben como algo que la parte más fuerte le hace a la más débil con violencia. Sin embargo, no haya en él la pieza necesaria para solucionar el problema de donde vienen los hijos.

La situación del complejo de Edipo es la primera estación que se discierne con seguridad en varoncito. Esto se debería a que en ella, el niño retiene el mismo objeto al que ya en el período precedente, el de lactancia y crianza, había investido con su libido todavía no genital.

El complejo de Edipo, ofrecía al niño dos posibilidades de satisfacción: una activa y una pasiva. Pudo situarse de manera masculina en el lugar del padre y, como él, mantener comercio con la madre, a raíz de lo cual el padre fue sentido pronto como un obstáculo; o quiso sustituir a la madre y hacerse amar por el padre, con lo cual la madre quedó sobrando. Respecto a esto, Freud dice: “En cuanto a la naturaleza del comercio amoroso satisfactorio, el niño sólo debe de tener representaciones muy imprecisas; pero es cierto que el pene cumplió un papel, pues lo atestiguaban sus sentimientos de órgano” (Freud, 1924: 184).

El niño, a partir de la aceptación de posibilidad de la castración, y de la intelección de que la mujer es castrada, puso fin a las dos posibilidades de satisfacción derivadas del complejo de Edipo. Ambas, conllevaban la pérdida del pene; una, la masculina, en calidad de castigo, y la otra, la femenina, como premisa.

Si la satisfacción amorosa en el terreno del complejo de Edipo debe costar el pene, entonces, estallará el conflicto entre el interés narcisista por esta parte del cuerpo y la investidura libidinosa de los objetos parentales. En este conflicto triunfa normalmente el primero de esos poderes: el yo del niño se extraña del complejo de Edipo.

En consecuencia, las investiduras de objeto son resignadas y sustituidas por identificación. “...La autoridad del padre, o de ambos progenitores, introyectada en el yo, forma ahí el núcleo del superyó, que toma prestada del padre su severidad, perpetúa la prohibición del incesto y, así, asegura al yo contra el retorno de la investidura libidinosa de objeto. Las aspiraciones libidinosas pertenecientes al complejo de Edipo son en parte desexualizadas y sublimadas, lo



cual probablemente acontezca con toda trasposición en identificación, y en parte son inhibidas en su meta y mudadas en mociones tiernas. El proceso en su conjunto salvó una vez los genitales, alejó de ellos el peligro de la pérdida, y además los paralizó, canceló su función” (Freud, 1924:184).

A partir de aquí, se inicia el periodo de latencia, en el cual se interrumpe, por un tiempo, el desarrollo sexual del niño.

### **III.1.1 Desarrollos sobre la feminidad.**

Los dos sexos parecen recorrer de igual modo las primeras fases del desarrollo libidinal.

En la fase fálica de la niña el clítoris es la zona erógena rectora. Pero, sin embargo, no está destinada a seguir siéndolo; con la vuelta hacia la feminidad el clítoris debe ceder en todo o en parte a la vagina su sensibilidad y con ella su valor, y esta sería una de las dos tareas que el desarrollo de la mujer tiene que solucionar.

El primer objeto de amor del varoncito es la madre, quien lo sigue siendo también en la formación del complejo de Edipo.

Las primeras investiduras de objeto se producen por apuntalamiento en la satisfacción de las grandes y simples necesidades vitales, y las circunstancias de la crianza son las mismas para los dos sexos. Pero, en la situación edípica es el padre quien ha devenido objeto de amor para la niña, y se espera que en el curso normal del desarrollo, esta encuentre, desde el objeto-padre, el camino hacia la elección definitiva de objeto. Por lo tanto, la segunda tarea que se da en

el desarrollo de la niña tiene que ver, no solo con el cambio de zona erógena, sino también con el cambio de objeto, mientras que el varoncito retiene ambos.

A partir de aquí surge la interrogación de cómo se produce esto, como pasa la niña, de la madre a la ligazón con el padre, y particularmente, a raíz de que se va a pique esta potente ligazón con la madre de la niña.

El extrañamiento respecto de la madre se produce bajo el signo de la hostilidad, la ligazón con la madre acaba en odio; Odio que puede ser muy notable y perdurar toda la vida, o puede ser cuidadosamente compensado más tarde; por lo común una parte de él se supera y otra permanece.

El factor específico de este odio, reside en el complejo de castración, y, la diferencia anatómica entre los sexos, no puede más que dejar consecuencias psíquicas.

A la mujer, también se le atribuye un complejo de castración, sin embargo, este no puede tener el mismo contenido que el del varón. En este, tal como se menciona anteriormente, el complejo de castración surge después de ver unos genitales femeninos, en donde se anuncia que aquel miembro tan estimado por él, no es complemento necesario del cuerpo. A raíz de eso, cobra sentido todas las amenazas que recayeron sobre su quehacer onanista. Es a partir de ese momento, que cae bajo el influjo de la angustia de castración, que pasa a ser el más potente motor de su ulterior desarrollo.

En el caso de la niña, también se inicia a partir de la visión de los genitales del otro sexo. Inmediatamente, nota la diferencia, se siente gravemente perjudicada y desearía tener un miembro igual al del varoncito. Es en este

momento que cae presa de la envidia del pene, lo cual deja huellas imborrables en el desarrollo y en la formación de su carácter.

El hecho de que la niña admita su falta de pene, no significa que la acepte y se resigne a tal destino. Todo lo contrario, por mucho tiempo se aferra al deseo de llegar a tener un miembro como el del varón, cree en eso hasta una edad increíblemente avanzada.

El descubrimiento de su castración es un punto de viraje en el desarrollo de la niña. La comparación con el varón, mejor dotado, es una afrenta a su amor propio; renuncia a la satisfacción masturbatoria en el clítoris, desestima su amor por la madre y entonces no es raro que reprima una buena parte de sus propias aspiraciones sexuales. Sin embargo, este extrañamiento respecto de la madre, no se produce tan fácilmente. La niña, al comienzo, considera su castración como una desventaja personal, como algo de lo cual solamente ella carece, poco a poco hace esto extensivo a otras personas del sexo femenino, y por último, también a la madre.

Freud va a decir en la Conferencia sobre la feminidad ...“Su amor se había dirigido a la madre fálica; con el descubrimiento de que la madre es castrada se vuelve posible abandonarla como objeto de amor, de suerte que pasan a prevalecer los motivos de hostilidad que durante largo tiempo se habían ido reuniendo...” (Freud, 1933: 117).

Es decir, que a pesar de todo, hace responsable a la madre por la falta de pene y se aleja de ella, no perdonándole este perjuicio.

El deseo con que la pequeña se vuelve hacia el padre es sin lugar a duda, el deseo del pene que la madre le ha denegado y ahora espera del padre.

Sin embargo, la situación femenina sólo se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo, y entonces, siguiendo una antigua equivalencia simbólica, el hijo aparece en lugar del pene.

Ahora la libido de la niña se desliza, a través de la ecuación simbólica  $\text{pene} = \text{hijo}$ , a una nueva posición. Resigna el deseo del pene para remplazarlo por el deseo de un hijo, y con este propósito toma al padre como objeto de amor. La madre pasa a ser objeto de los celos, y la niña deviene una pequeña mujer.

A partir de la transferencia del deseo hijo-pene al padre, la niña ha ingresado en la situación del complejo de Edipo. La hostilidad a la madre, experimenta ahora un gran refuerzo, ya que esta deviene la rival que recibe del padre todo lo que la niña anhela o quiere de él.

A través de la relación del complejo de Edipo con el de castración, se puede apreciar una de las diferencias fundamentales entre los sexos, probablemente grávida en consecuencias. El complejo de Edipo del varoncito, dentro del cual este anhela a su madre y querría eliminar a su padre por considerarlo un rival, se desarrolla a partir de la fase de su sexualidad fálica. Cuando sobreviene la amenaza de castración, esto lo lleva a resignar tal actitud. De esta forma y bajo la impresión del peligro que supone perder el pene, el complejo de Edipo es abandonado, reprimido, y en los casos normales radicalmente destruido. En ese momento, se instaura como su heredero un severo superyó.

Lo que ocurre con la niña, es prácticamente lo contrario. El complejo de castración prepara al complejo de Edipo en lugar de destruirlo; por el influjo de la envidia del pene, la niña es expulsada de la ligazón-madre y desemboca en la

situación edípica. Ausente entonces la angustia de castración, falta el motivo principal que había llevado al niño a superar el complejo de Edipo. La niña permanece dentro de él por un tiempo indefinido, sólo después lo deconstruye y aun entonces lo hace de manera incompleta.

Freud sobre ello, habla en “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos” y dice lo siguiente: “En la niña, el complejo de Edipo es una formación secundaria. Las repercusiones del complejo de castración le preceden y lo preparan. En cuanto al nexo entre complejo de Edipo y complejo de castración, se establece una oposición fundamental entre los dos sexos. Mientras que el complejo de Edipo del varón se va al fundamento debido al complejo de castración, el de la niña es posibilitado e introducido por este último. Esta contradicción se esclarece si se reflexiona en que el complejo de castración produce en cada caso efectos en el sentido de su contenido: inhibidores y limitadores de la masculinidad, y promotores de la feminidad. La diferencia entre varón y mujer en cuanto a esta pieza del desarrollo sexual es una comprensible consecuencia de la diversidad anatómica de los genitales y de la situación psíquica enlazada con ella; corresponde al distingo entre castración consumada y mera amenaza de castración” (Freud, 1925: 275).

### **III.2 La metáfora paterna y el Edipo según Lacan**

Como ya se dijo anteriormente, Lacan, habla de dos operaciones fundamentales del inconsciente: metáfora y metonimia, que se corresponden con la condensación y el desplazamiento que Freud introduce en “La interpretación de

los sueños”, y de los cuales se sirve para realizar su explicación del operar del proceso primario.

La metáfora, se relaciona con la sustitución de un significante por otro y la metonimia con la conexión entre significante, tiene que ver con relaciones de contigüidad. Ambas operaciones implican la imposibilidad de la existencia del significante en forma aislada, ya que tal como se sabe, por si solo no significa nada si no es en articulación con otros significantes.

El hecho de volver a estos conceptos, radica en que los mismos, permiten introducir la metáfora paterna y posteriormente el Complejo de Edipo.

Lacan va a decir que en el Edipo, se ponen en juego cuatro términos: la función materna, la función paterna, el niño y el falo. Se habla de “función” por el simple hecho de que la misma puede estar desempeñada por cualquier persona que esté a cargo de los cuidados del niño. El Edipo puede perfectamente constituirse, por ejemplo, incluso cuando el padre no está ahí, no tiene que ver con su presencia o su ausencia concreta.

Entonces, a partir de aquí, es importante recordar que cuando, en lo subsiguiente se hable de padre o de madre, se estará haciendo clara alusión a la “función paterna o materna”.

Para comenzar la exposición, es importante destacar que el padre interviene sobre varios planos. Ante todo, es él quien prohíbe a la madre. Ese es el fundamento, el principio del complejo de Edipo, es a partir de ahí, que el padre queda ligado a la ley primordial, ley de prohibición del incesto. Es el quien está encargado de representar esta interdicción. La misma, si bien puede manifestarse en forma directa, es más allá que él ejerce este rol, es, a través de su presencia,

por los efectos en el inconsciente, que él ejerce esta interdicción, y tal como se espera, la realiza bajo amenaza de castración.

La relación del niño con el padre, está comandada, por el temor a la castración. Este temor a la castración, se produce en el marco de la relación agresiva que predomina entre ellos: esta agresión, parte del niño, del varoncito, en tanto que su objeto privilegiado, la madre, le es prohibido. Este temor experimentado ante el padre, es netamente centrífugo, esto quiere decir que tiene su centro en el sujeto.

El complejo de castración, como ya se sabe, es inconsciente, y tiene una función de nudo en lo que tiene que ver con la estructuración dinámica de los síntomas, de lo que es analizable en las neurosis, perversiones, y psicosis; y en lo que tiene que ver con la instalación en el sujeto de una posición inconsciente sin la cual no podría identificarse con el tipo ideal de su sexo.

El padre, lo que prohíbe, es a la madre como objeto. Sobre este plano, es donde se establece, al menos durante un tiempo, esta rivalidad con el padre que engendra por sí misma una agresión, tanto en la niña como en el varoncito.

Es importante mencionar que la castración es un acto simbólico, cuyo agente es alguien real, y cuyo objeto, es un objeto imaginario.

La formula de la metáfora paterna planteada por Lacan, es la siguiente:

$$\frac{NP}{DM} \cdot \frac{DM}{x} \longrightarrow NP \cdot \left[ \begin{array}{c} A \\ \text{Falo} \end{array} \right]$$

La importancia capital de esta metáfora, es que en ella, residen todas las posibilidades de articular claramente el complejo de Edipo y su resorte, el complejo de castración.

La metáfora paterna, es propiamente la sustitución del padre en tanto significante, en el lugar de la madre.

El deseo de la madre (DM), tiene que ver con la falta estructural. En función de esta, la madre también busca la completud, y lo hace a través del deseo de un hijo. La incógnita, tiene que ver con lo que busca esa madre para alcanzar la completud, es el deseo de alguna otra cosa. El nombre del padre (NP), es el portador de la ley del no todo, ley que va a introducir los tres tiempos del Edipo. Y por último el falo, que es en torno a lo cual gira toda la dialéctica de la relación de objeto. Tiene que ver con aquello que es puesto en valor, es el objeto del deseo.

El padre, es quien priva a la madre de algo, que al fin de cuentas tampoco tiene, de algo que tiene existencia en tanto símbolo. Lacan va a decir en el Seminario 5: “Está muy claro que el padre no castra a la madre de algo que ella no tiene. Para que esté planteado que ella no lo tiene, es necesario que, ya, eso de lo que se trata sea proyectado sobre el plano simbólico en tanto que símbolo” (Lacan, 1958:190).

Hay un momento en este proceso, en el cual el padre se perfila en esta función como privador de la madre, como privador de esa relación de la madre con el objeto de su deseo. Entra en juego haciendo obstáculo entre el niño y la madre, como portador de la ley, como prohibidor del objeto que es la madre. La función paterna, está ligada fundamentalmente a la prohibición del incesto.



Lacan va a decir que hay también una ley ligada a la función materna en tanto esta madre, es un sujeto hablante. Se trataría de una ley incontrolada.

El niño, aparece como “sujetado”, el se siente profundamente sujetado al capricho de aquello de lo que él depende, la función materna. Y es justamente sobre esto, sobre lo que interfiere el padre, para dar un orden.

Es importante para comprender el Complejo de Edipo desde Lacan, considerar los tres tiempos que él propone, recordando que se trata de tiempos lógicos y no cronológicos.

Primer tiempo: aquí, se consideran dos personajes y la relación entre ambos. El niño por un lado, que desea ser todo para la madre, desea ser el objeto de deseo de la madre; para lo cual, se convierte en aquello que la madre desea. Su deseo, es deseo del Otro, o sea, ser deseado por ese Otro, y tomar el deseo del Otro como si fuera propio. El niño entonces, está colocado en el lugar de falo, de deseo de deseo. Busca poder satisfacer el deseo de la madre, ser el objeto satisfactorio para la madre, el es el falo. Aquí, tenemos al niño, a la madre, y al falo, es lo que Lacan llamo “ternario imaginario”

Es en este primer momento, donde aparece la demanda del niño, demanda de amor, de presencia absoluta, el se identifica a la manera de un espejo con lo que es el objeto de deseo de la madre. Cree que la madre no está barrada, que está completa, y en función de esto, dirige su demanda. En sus Escritos II, en el texto “La significación del falo”, Lacan va a decir en relación a esto “...Es demanda de una presencia o de una ausencia. Cosa que manifiesta la relación primordial con la madre, por estar preñada de ese Otro que ha de situarse más acá de las necesidades que puede colmar. Lo constituye ya como

provisto del "privilegio" de satisfacer las necesidades, es decir del poder de privarlas de lo único con que se satisfacen. Ese privilegio del Otro dibuja así la forma radical del don de lo que no tiene, o sea lo que se llama su amor" (Lacan, 1958: 658).

Se trata de una relación imaginaria, narcisista, donde se conoce la ley, pero se la reniega. La ley omnímoda, es la madre. "En tanto y en la medida en que la madre es interrogada por la demanda, pregunta del niño, ella es también algo, ella que está en la persecución de su propio deseo" (Lacan, 1958: 198).

El niño y la madre forman una unidad narcisista en que cada uno posibilita la ilusión en el otro de su perfección. Se trata en este momento de una relación dual, imaginaria, y especular.

En el Seminario 5: Los tres tiempos del Edipo, Lacan va a decir: "En el primer tiempo y la primera etapa, se trata de esto: es que de alguna manera, en espejo, el sujeto se identifica a lo que es el objeto del deseo de la madre, y esta es la etapa, se puede decir, fálica primitiva, aquella donde la metáfora paterna obra en sí, en tanto que, ya, en el mundo, la primacía del falo está instaurada por la existencia del símbolo del discurso y de la ley" (Lacan, 1958: 198).

Segundo tiempo: en este estadio, el hijo, deja de estar ubicado en el lugar de falo de la madre. El padre interviene ahora, como privador de la madre en doble sentido, porque priva al niño del objeto de su deseo, y en tanto, priva a la madre del objeto fálico. Aquí, hay una sustitución de la demanda del sujeto, al dirigirse hacia el otro, aquí encuentra al Otro del otro, su ley.

El privar al niño del objeto de su deseo, implica que el niño deja de ser el falo de la madre, nota que ésta, prefiere a otro que no es él, porque supone que aquél, tendría algo que él no tiene.

Ella empieza a mirar otras cosas, va y viene, no está siempre presente para dar respuesta a la demanda absoluta del hijo. Nos encontramos ahora con la madre como deseante. En su discurso, comienza a aparecer el padre. Ahora es él quien porta el falo, a diferencia del tercer tiempo, donde el falo va a circular. La ley omnímoda en este tiempo, es el padre, quien aparece únicamente como prohibidor, no posibilita. El niño, adquiere una representación del padre interdictor, que no es el padre simbólico, sino el que dicta la ley. Genera dos interdicciones: al hijo, “no te acostaras con tu madre”, y a la madre, “no reincorporaras tu producto”

Al respecto dice Lacan: “...Este es el estadio, si puedo decir, nodal y negativo, por el cual ese algo que desata al sujeto de su identificación lo vuelve a atar al mismo tiempo a la primera aparición de la ley bajo la forma de este hecho: que la madre en eso es dependiente, dependiente de un objeto, de un objeto que ya no es simplemente el objeto de su deseo, sino un objeto que el otro tiene o no tiene” (Lacan, 1958: 198).

Para que haya una privación efectiva del objeto fálico, es esencial no solo que la madre cambie al niño por el padre, sino que este, no quede ubicado como totalmente dependiente del deseo de la madre.

Es importante en este punto, realizar una distinción entre: el colapso narcisista y la castración simbólica. El primero, se produce ante el nacimiento de un hermano, cuando el niño deja de ser el falo, el yo ideal, y ese lugar queda

ocupado por su hermanito. Se trataría de la pérdida de la identificación con el valor fálico.

En la castración simbólica, el niño reconoce que a la madre le falta algo, que lo debe buscar en otra parte, corresponde al momento en que el niño deja de ser el falo y pasa a ser una entidad diferente. Esta castración simbólica, introduce un corte, una separación entre la madre y el hijo.

Tercer tiempo: producida ya la castración simbólica, el hijo, deja de ser el falo, tampoco lo es el padre como lo era en ese estadio anterior. Todos están barrados, incluso el padre, quien antes únicamente prohibía, pero no se incluía en aquella prohibición. Ahora, prohíbe, pero a la vez posibilita, es como si le dijera al niño “no te acostaras con tu madre, pero si con todas las demás mujeres”. El tiene el falo, ya no es el falo. Aparece como aquel que otorga el derecho a la sexualidad.

“Es en tanto que el padre puede dar a la madre lo que ella desea, puede darlo porque lo tiene, y aquí interviene precisamente el hecho de la potencia en el sentido genital de la palabra, digamos que el padre es un padre "potente", que, en este tercer tiempo, se produce la restitución, si ustedes quieren, de la relación de la madre con el padre sobre el plano real...” (Lacan, 1958: 200).

El chico, deja de ser el falo, y como tal, deja de estar identificado con el Yo Ideal y pasa a identificarse con el Ideal del Yo.

El Yo Ideal, tendría que ver con la imagen de perfección narcisista, representa la perfección, completud, omnipotencia. El Ideal del Yo es una constelación de insignias, de símbolos, que dan la pauta de que alguien ocupa un lugar determinado.

Esta etapa, es de importancia fundamental, de ella depende la salida del complejo de Edipo. Una salida favorable, es cuando la identificación al padre se produce en este tercer tiempo, en el tiempo en que él interviene como aquel que "lo tiene", ya no es. A esta identificación se la llama "ideal del yo". Es al nivel del padre que todo lo que va a ser a continuación "superyó" comienza a constituirse.

“...Es en tanto que el padre interviene como real y como padre potente en un tercer tiempo, el que sucede a la privación o la castración que lleva sobre la madre, sobre la madre imaginada a nivel del sujeto, en su propia posición imaginaria, de dependencia, es en tanto que interviene en el tercer tiempo como aquél que lo tiene, que él es interiorizado como ideal del yo en el sujeto, y que si puedo decir, no lo olvidemos, en ese momento el complejo de Edipo declina” (Lacan, 1958: 201)

La salida del complejo de Edipo, no significa que el niño, vaya a poder empezar a hacer uso de todos sus poderes sexuales, muy por el contrario, no los ejerce para nada. La salida del Edipo, consiste básicamente en el decaimiento en el ejercicio de esas funciones que habían comenzado a despertarse.

En resumen, la metáfora paterna juega un papel fundamental, ya que concluye en la institución de algo que es del orden del significante; la significación se desarrollará más tarde.

La salida del complejo de Edipo, es diferente para la mujer. Esta última etapa, es para ella, mucho más simple, ella no tiene que hacer la identificación, sabe donde tiene que ir, del lado del padre, hacia él que lo tiene.

“...Es en esta medida que el tercer tiempo del complejo de Edipo puede ser franqueado, es decir en la etapa de la identificación, en la cual se trata para el varoncito de identificarse al padre en tanto que poseedor del pene, y para la niña de reconocer al hombre en tanto que aquél que lo posee” (Lacan, 1958: 202).

### **III.3 El falo y la significación fálica.**

Tal como se expresó en el apartado anterior, la metáfora paterna, se trata de la sustitución de un significante por otro, produciendo un plus de significación. El significante, no está soldado al significado, y la significación se da a partir de la articulación significante. Como producto de la metáfora paterna, se produce la castración simbólica. El nombre del padre viene a barrar al Otro y a decir que el todo está perdido para el sujeto hablante, que hay algo que se puede, y algo que no se puede. El Otro se ubica como deseante y el sujeto también, entonces, es a partir de enfrentarse con la castración del Otro, que el sujeto puede comenzar a hacer circular algo de su propio deseo.

La identificación con la instancia paterna se realiza en los tres tiempos explicados anteriormente. Lacan va a decir, que en primer lugar se introduce de forma velada, es decir que el padre existe en el mundo en el que reina la ley del símbolo. Lo que tiene que ver con el falo, ya está planteado en algún lugar de la madre, donde el niño ha de encontrarla.

En segundo lugar, el padre es quien priva, en tanto portador de la ley y ya no de forma velada, sino mediada por la madre, que es quien lo coloca como el que dicta la ley.

En tercer lugar el padre es quien tiene el falo, y es aquí donde se produce la salida del Edipo, que será o no favorable en tanto se de la identificación con el padre como quien lo tiene.

El niño tiene a partir de ahora, todos los títulos para ser un hombre, lo que posteriormente, pueda ponerse en duda en el momento de la pubertad, probablemente se deba a algo que no haya cumplido del todo con la identificación metafórica con la imagen del padre.

A partir del resumen realizado en los párrafos precedentes, es posible ahora comenzar a hablar de un término fundamental en lo que respecta al Complejo de Edipo y a la metáfora paterna, así como a gran parte de la teoría de Lacan.

El falo, es el significante de una falta, el significante del deseo que permite la instalación del sujeto en una determinada posición como sujeto del inconsciente, sujeto barrado, que le posibilita la identificación con el tipo ideal de su sexo, aunque sin definirlo aún.

El significante, inscribe algo que es una ausencia, aparece en lugar de la cosa, en sustitución de una ausencia.

A partir de la obra de Lacan, se pueden extraer tres atributos del concepto de significante:

- Un significante remite siempre a otro significante Un significante se define por los rasgos o elementos diferenciales

- Los significantes se combinan de acuerdo a un orden de leyes cerrado.
- Esto significa que las leyes que siguen, no son azarosas, sino que existen leyes que rigen su combinación.

El falo, es lo que aparece como lo que está en lugar de la falta, es el significante de la falta. Esto se vincula con que el falo es aquello en lo cual se inscribe la falta. Desde la subjetividad del sujeto, al aparecer como presencia, produce la ilusión de completud, de que no falta nada. Desde este punto de vista, nos encontramos con dos posibilidades, a nivel imaginario, hay una ilusión de completud, de que no falta nada, sin embargo, si hablamos del falo simbólico, se habla de algo que está presente, pero que se puede perder.

El falo imaginario, es el que completa la falta, produciendo la expansión del narcisismo y su satisfacción. Es el que permite mantener la ilusión de que no falta nada. A esto se lo denomina “función imaginaria del falo”. Cualquier cosa puede convertirse en falo imaginario, no es solamente el pene, sino todo aquello que produce la sensación de completud, de perfección.

En “La significación del falo”, Lacan dice: “El falo en la doctrina freudiana no es una fantasía, si hay que entender por ello un efecto imaginario. No es tampoco como tal un objeto (parcial, interno, bueno, malo, etc...) en la medida en que ese término tiende a apreciar la realidad interesada en una relación. Menos aún es el órgano, pene o clítoris, que simboliza”. “...Pues el falo es un significante, un significante cuya función, en la economía intrasubjetiva del análisis, levanta tal vez el velo de la que tenía en los misterios. Pues es el



significante destinado a designar en su conjunto los efectos del significado, en cuanto el significante los condiciona por su presencia de significante” (Lacan, 1958: 657).

Todo esto, se encuentra en íntima relación con lo que se habló anteriormente sobre el estadio del espejo, en donde el niño ve su imagen como completa en contraste con su incoordinación motriz. Con esa imagen de completud, el se identifica, cree que ese ser es completo. La imagen en el espejo entonces, lo que hace es obturar, tapar, cerrar una sensación de incompletud que estaba dada por su incoordinación motora.

Freud, cuando habla de la subjetividad del niño reconoce dos momentos: un primer momento donde se tiene la creencia de que todos tienen pene, y no puede imaginar la falta de éste. Un segundo momento en el que el pene es algo existente, pero que sin embargo se puede perder; aparece así, la angustia de castración en el varón con la creencia de que la niña lo perdió, o desde la niña que no lo recibió. El pene es entonces una presencia que se define en relación a una ausencia posible, y una ausencia que se hace posible en relación a una presencia supuesta.

Lacan, como ya se mencionó, diferencia el falo simbólico, del falo de la subjetividad. Un elemento pertenece a lo imaginario cuando es algo en sí mismo, y a lo simbólico, cuando adquiere valor en relación a otros elementos.

El falo simbólico, aparece con los siguientes atributos:

- Algo que se puede tener pero no se es
- Se lo puede perder

- Es algo que circula, se da y se recibe
- Puede ser reemplazado por otra cosa

La relación del sujeto con el deseo del Otro, entraña una prueba que hay que pasar y que deja marcas. Dicha prueba, no es ante una ausencia, sino ante una presencia.

Si bien en la demanda, la ausencia es central, lo que se pide al otro es una presencia permanente. Se trata entonces, de una demanda incondicional de amor, la exigencia de que otro este allí todo el tiempo. La prueba del deseo del Otro, despierta la angustia del desamparo, angustia primordial ante una presencia, la del deseo del otro.

Dice Lacan: "... La demanda de amor no puede sino padecer de un deseo cuyo significante le es extraño" (Lacan, 1958: 660). Entonces, si el deseo de la madre es el falo, el niño quiere ser el falo para satisfacerla; sin embargo, el significante ideal del cual la demanda es solidario, no es el falo.

La posición de ser el falo es una significación que se puede escribir como un "mas fi", un falo imaginario positivizado, posición regida por el significante fálico como significante del deseo de la madre. El niño se identifica en el ser o en el tener con el falo imaginario, positivizado o negativizado.

Como consecuencia de la sustitución de la metáfora paterna, se produce la significación fálica en el terreno de lo imaginario, quedando el falo en su máxima expresión, el falo en función de la falta y el deseo, en relación con el objeto a como causa del deseo, desde la resignificación de algo que no se tiene.

Surge así el falo en su dimensión simbólica, adquiriendo valor en relación a otros elementos.

La significación fálica, permite otra vertiente del Ideal del yo, ya que en la medida en que hay significación fálica, se construye el ideal del yo paterno.

En resumen, la significación fálica, se produce cuando el deseo de la madre, que determinaba absolutamente al niño, es sustituido por el nombre del padre y el falo ahora circula.

# **CAPÍTULO IV**

**“HOMOSEXUALIDAD Y PERVERSION”**

#### **CAPITULO IV: "HOMOSEXUALIDAD Y PERVERSION"**

En principio, es importante recordar, algo que ya se ha mencionado en distintos apartados de la presente tesina. Lacan, plantea que, por causa de la estructura significante, y por el hecho de estar inmersos en el mundo simbólico, hay una falta, una incompletud por estructura. Gracias a esa falta, es que la metáfora paterna puede operar y dar lugar a las distintas estructuras clínicas: neurosis (histérica, obsesiva y fóbica), perversión y psicosis. Es decir que, la metáfora paterna, resignifica la estructura.

Al ser esta estructura incompleta, se produce la movilidad de los elementos de la misma. Lo que caracteriza a las estructuras clínicas, es la posición del sujeto frente al objeto a, frente a la falta.

Haciendo una breve introducción, y en relación a esto, se puede decir que en las neurosis, y a través de la metáfora paterna, se produce la inscripción de la castración y la posterior significación fálica. En la perversión, hay inscripción de la castración, el nombre del padre opera, pero es renegado por la madre, quedando entonces el niño en posición de ser el falo de la madre, aquel que la colma y la completa. En la psicosis en cambio, no hay inscripción de la castración, el nombre del padre no opera, este es forcluido, lo que significa que no ha entrado a operar en tiempo y en forma.

## IV.1 La perversión

En principio, es importante destacar que la misma se produce cuando el niño, no acepta al padre como enunciación de la ley que priva a la madre.

La perversión esta dentro del complejo de Edipo, y dentro de la significación fálica, pero Freud va a decir que la perversión es el “negativo de las neurosis”, afirmación que fue entendida como que en la perversión lo que no se produce es la elaboración de las pulsiones parciales bajo el primado de la zona genital.

Lacan en cambio, entiende que es imposible concebir la formula de Freud. Va a decir al respecto en el Seminario IV: “...ninguna estructuración perversa, por primitiva que la supongamos, puede articularse sino como un medio, una pieza, un elemento de algo, a fin de cuentas, solo concebible, comprensible, articulable, en, para y por medio del proceso, la organización, la articulación del complejo de Edipo...” (Lacan, 1957: 122-123).

Tampoco debe entenderse simplemente, que todo aquello que está escondido en un neurótico, se encontraría presente en la perversión.

Pero entonces, ¿Qué se produce en la perversión? En relación a la castración, el perverso la acepta, reconoce la ley, sabe de los lites, pero para transgredirlos. El Otro del perverso, es otro barrado, pero existe nada mas como “voluntad de goce”.

El goce total y puro, tiene que ver con ese punto de imposibilidad, con la naturalidad del ser pérdida al ser sujeto humano tomado por el Otro, al ser incluido en el mundo simbólico.

En el perverso, la voluntad de goce del Otro, es una ley, una orden que él no puede dejar de escuchar. Vive para cumplir este mandato, vive bajo una ley de transgresión, ver el límite y pasar sobre él, para demostrar permanentemente la consistencia del Otro, punto de goce, y de esta manera evitar la castración.

Freud, va a localizar el principio constitutivo básico en lo que denomina “la atribución fálica”, atribución del falo a la madre como respuesta a la diferencia entre los sexos. En un primer momento, todo niño supone que todos los seres tiene pene, luego, a través de la curiosidad y la observación, se dan cuenta que hay personas que lo tienen (hombres, y personas que no lo tienen (mujeres). Frente a esto, el niño, lo que hace es “renegar” de esto, suponiendo que las mujeres poseen un pene pequeño (clítoris) que luego les va a crecer.

Este mecanismo de “renegación” de la castración, es lo propio del perverso. En cambio, en la neurosis, lo que se produce, es una represión de la castración, es decir, la exclusión de la consciencia de una determinada idea, y su posterior inclusión como inconsciente, a donde podemos acceder, a través de sus retoños: chistes, sueños, lapsus, actos fallidos, que contienen en sí, algo de aquello reprimido.

A nivel del psicoanálisis, la renegación, no actúa sobre las percepciones externas, sino sobre las huellas mnémicas. Se trataría de un reemplazo de una realidad interna, por otra, pero no por cualquiera, sino por la contraria. Renegar, sería reemplazar una representación por otra, exactamente contraria, donde la presencia de una creencia, implica la renegación de la otra. Es importante aclarar, que esto, se produce a nivel inconsciente.

La renegación, como dijimos, es el mecanismo estructurante propio de la perversión. Se trata de un reemplazo de una representación por otra, del no de la castración, por el todo es posible. Conscientemente, se produce una aceptación de la castración, sin embargo, a nivel inconsciente, se da la renegación, y lo hace a través de la ecuación falo- fetiche. El fetiche actuaría como sustituto del falo materno. El perverso entonces, pone una presencia en el lugar de una ausencia.

Para entender esto, es importante ver el lugar que ocupa en el perverso el "objeto fetiche". Este se constituye como sustituto del falo faltante en la mujer, en la madre. Vale por el falo faltante y guarda relación con el objeto primordial de la madre, pero no es un fenómeno que excluye de la consciencia la ausencia de pene en la mujer, sino que, la función del fetiche, es realizar la ecuación falo= fetiche. Ecuación que a nivel inconsciente reniega la castración.

Como sabemos, no se trata en absoluto de un falo real, que exista o no (a la mujer en realidad, no le falta nada), sino de un falo simbólico, que por su naturaleza, se presenta en el intercambio como una ausencia.

La relación que está en juego entre el fetichista y su objeto, es una relación ambigua, se trata de una ilusión sostenida y adorada, que se da en un frágil equilibrio siempre a merced de que el telón se derrumbe; ya que la castración de la mujer, es al mismo tiempo afirmada y negada. Si el fetiche está ahí, entonces es que no ha perdido el falo, pero al mismo tiempo, es posible que lo pueda perder.

El perverso, no tolera al Otro barrado, y a nivel de la metáfora paterna, que es la segunda inscripción de lo que no está, el niño perverso, queda atrapado



en el primer tiempo del Edipo, cuando es tomado como falo de la madre. Reniega el lugar de la castración, y allí coloca la desmentida.

En el primer tiempo del Edipo, al estar el niño ubicado como falo de la madre y la madre tomando al niño como falo, hay pocos grados de libertad. El niño cree estar en el lugar de amo, pero en realidad es un esclavo del goce del Gran Otro. Cree, sin embargo, saber acerca de este, pero es esclavo de los imperativos categóricos idealistas o fundamentalistas universales que dan cuenta de un superyó que impone gozar de una manera y no salir de allí.

El deseo del perverso, asume la característica de “voluntad de goce”. Se trata de un mandato imperativo del que no puede escapar. El perverso, está ubicado como objeto de goce del Gran Otro, sabe cómo hacerlo gozar. Al colocarse como objeto de goce de ese Otro, siente que está completo.

El sujeto perverso, es el más esclavo de todas las estructuras, no hay elección, corre a obturar la falta en cuanto la percibe.

Con la perversión, es que Lacan introduce el concepto de goce como satisfacción para y del cuerpo. Es inseparable del cuerpo en su materialidad, que es a través del significante, es producto del significante, pero a la vez, escapa al sistema significante que lo produjo. Por eso, lo real vuelve y vuelve siempre al mismo lugar.

El goce, es distinto del deseo, esta más allá del principio del placer, se trata de la satisfacción de la pulsión. La pulsión, es parcial y no transferible, mientras que el deseo es transferible en tanto somos deseo del Otro.

El perverso, vive para el goce, se identifica con el objeto y se posiciona como instrumento del goce del Otro. Constituye un objeto que obtura la falta, y

ese objeto opera como instrumento para conseguir el goce. Se pone como objeto a para no ver la falta en Otro, se coloca como objeto fálico, mas fi.

Ofrece la escena perversa en función del goce del Gran Otro, pero la voluntad de goce, es insuficiente para alcanzar el goce porque desmintiendo la castración, el perverso hace de sí mismo, el representante del goce que le falta. Se identifica con el deseo de la madre que es el mismo.

Ahora, sería fundamental, revisar algo acerca del fantasma del perverso. Lacan va a decir que contiene los elementos significantes de la palabra articulada en el plano del trans-objeto que denomina Otro, el lugar donde se articula la palabra inconsciente. Hay como una reducción simbólica que ha eliminado toda la estructura subjetiva de la situación, para dejar subsistir, tan solo un residuo, completamente desubjetivizado y enigmático, porque conserva toda su carga (no asumida por el sujeto), de lo que en el Otro constituye la estructura articulada en la cual el sujeto está implicado. "... en el fantasma perverso, todos los elementos están presentes, pero todo lo que es significación, o sea, la relación intersubjetiva, se ha perdido. Lo que podemos llamar los significantes en estado puro se mantienen sin la relación intersubjetiva, vaciados de su sujeto..." (Lacan, 1957: 121).

En cuanto a la transferencia en el perverso, esta consulta muy poco, ya que es muy difícil acotar su goce, esto implicaría aceptar la castración.

Lo que para el neurótico es el "sujeto supuesto al saber", en el perverso es "saber gozar". El sabe acerca del goce del Otro. Si existiera un sujeto supuesto al saber, en el caso del perverso, sería el mismo.

Durante el análisis, no se angustia, busca angustiar al analista. No se supone que el analista sabe, sino que se le impone que el analista sabe y le tiene que dar todo lo que él le pida.

Finalmente, ¿Qué hace que el sujeto ingrese en el fenómeno de la perversión? Parece que existiría por un lado, una complicidad erótica con la madre, reducción que se reforzaría con la complacencia silenciosa del padre. Esta reducción de la madre, no es algo fantaseado por el niño, realmente existiría y se organiza en relación al tocar y al mirar. La complacencia del padre provoca en el niño todo un enigma, aparece como un intruso. El padre, al delegar a la madre aquello que le pertenece, hace que el niño refuerce el fantasma de una madre todopoderosa que nada le falta, una madre fálica.

Al identificarse al deseo de esta madre todopoderosa, el perverso aparece con una apariencia de “no deseante”. Es un sujeto que no demanda, no pide. Al ser el elemento preferencial del goce, el sujeto tiene todas las respuestas. Si quiere algo, lo busca. Pedir significaría entrar en la dialéctica intersubjetiva, y reconocer que el otro puede o no tener lo que él no tiene.

## **IV.2 Homosexualidad y psicoanálisis**

Freud, en su artículo “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina”, va a decir en relación a la homosexualidad, que, la bibliografía sobre el tema, aun no ha distinguido claramente el problema de elección de objeto por un lado y el carácter o actitudes sexuales por el otro. Afirma que tanto en el hombre como en la mujer “...el carácter sexual y la

elección de objeto, no coinciden en una relación fija...” (Freud, 1920: 163). De esta manera, hace referencia a que, hombres con cualidades viriles, que exhiban el tipo masculino de vida amorosa, puede ser un individuo invertido con relación al objeto, amar solo a hombres y no a mujeres, y al revés, un hombre que tenga características femeninas y se porte en el amor como mujer, puede ser heterosexual.

Entonces dice Freud, que la homosexualidad, no se trataría simplemente de un alma femenina instalada en un cuerpo masculino o al revés. Sino que se trata de tres serios caracteres, hasta cierto grado independientes:

- Carácter sexual somático
- Carácter sexual psíquico
- Tipo de elección de objeto

¿Cuáles serían los procesos que intervienen en la génesis de la homosexualidad?, o ¿Por qué Freud la denomina “inversión”? Son preguntas que guiarán nuestro apartado y posteriormente el último capítulo.

Para comenzar a dar respuesta a estas preguntas, sería importante recordar algo que dijo Freud en “Tres ensayos de teoría sexual”: “... provoca gran sorpresa enterarse que hay hombres cuyo objeto sexual no es la mujer, sino el hombre, y mujeres que no tienen por tal objeto al hombre, sino a la mujer. A esas personas se las llama de sexo contrario o, mejor, invertidas; y al hecho mismo, inversión” (Freud, 1905: 124).

Para entender los factores específicos que plantea Freud en la génesis de este fenómeno, hay que recordar que en la concepción psicoanalítica no existiría un enlace, una relación fija entre pulsión y objeto de la pulsión, que la necesidad en el hombre, al no ser biológica, sino lógica, no tendría un objeto fijo que la satisfaga. En su definición del objeto de la pulsión, resalta el hecho de que este se coordina solo a consecuencia de su aptitud para posibilitar la satisfacción y que no necesariamente es un objeto del mundo exterior. El psicoanálisis considera que lo originario a partir de lo cual se desarrolla luego por restricción hacia uno u otro lado, tanto el tipo normal como el invertido es la independencia de la elección de objeto respecto de este último.

El psicoanálisis, adopta como premisa, una bisexualidad originaria del individuo humano, que solo tras la pubertad, decidiría la conducta sexual definitiva. Como consecuencia del complejo de Edipo, la amenaza de castración, y las identificaciones, se produce una restricción de la elección de objeto.

Freud, va a decir que en el periodo de latencia, donde, alrededor de los cinco años, las exteriorizaciones de la sexualidad en el niño, sufren una sofocación, se edifican los poderes anímicos, que se presentaran más tarde como inhibiciones en el camino de la pulsión sexual, y angostaran su curso como si fueran unos diques. Ellos son: asco, vergüenza y moral. Dice también, que si bien la educación contribuye en este desarrollo, el mismo es un condicionamiento orgánico, fijado hereditariamente. El resultado de todo esto, es que en el mejor de los casos, coincidirá la sexualidad psicológica con la anatómica y la elección de objeto estará dirigida hacia el sexo contrario.

Freud, define la identificación, como la exteriorización más temprana de una ligazón afectiva con otra persona. Este concepto, resulta de relevancia capital, ya que desempeña un papel en la prehistoria del complejo de Edipo.

Así, Freud va a decir que el varoncito, manifiesta un particular interés hacia su padre, querría ser como él, hacer sus veces en todos los terrenos, se identifica con él. Contemporáneamente a esta identificación, el niño, inviste libidinalmente a la madre. Es decir: con la madre, una investidura sexual de objeto; con el padre, una identificación que lo toma como modelo. Estas dos corrientes, coexisten en el niño un tiempo sin perturbarse entre sí, pero la vida anímica avanza hacia su unificación, y como consecuencia ambos lazos confluyen, confluencia de la cual, nace el complejo de Edipo normal.

Posteriormente, el niño comienza a notar que el padre le es un estorbo estando junto a la madre, su identificación con él cobra entonces una tonalidad hostil, y pasa a ser igual al deseo de sustituir al padre. Luego, el destino de esta identificación se pierde.

En relación a esto, en “Psicología de las masas y análisis del yo”, en el apartado VI, va a decir: “Puede ocurrir después, que el complejo de Edipo experimente una inversión, que se tome por objeto al padre en una actitud femenina, un objeto del cual, las pulsiones sexuales directas esperan su satisfacción, en tal caso, la identificación con el padre se convierte en la precursora de la ligazón de objeto que recae sobre él. Lo mismo vale para la niña, con las correspondientes sustituciones...” (Freud, 1921:100).

Freud habla en varios momentos de su obra sobre la génesis de la homosexualidad, y destaca que el proceso típico, consiste en el caso del varón,

en que se ha producido una intensa fijación a la madre, entonces, algún tiempo después de la pubertad, emprende una vuelta, se identifica el mismo con la madre, y se coloca en la búsqueda de objetos de amor, en los que pueda reencontrarse, para amarlos de esta manera, como la madre lo amó a él. Esta fijación a la madre dificulta el pasaje a otro objeto femenino y al mismo tiempo permite permanecer fiel a este primer objeto. Lo que es llamativo de esta identificación, es su amplitud, en lugar de resignarse a la pérdida de este primer objeto, se produce una identificación con él y se introyecta en el yo.

Otro de los factores que interviene, es la elección de objeto de tipo narcisista, es decir, la búsqueda del propio yo en otros. El hallazgo normal de objeto, sería por apuntalamiento, buscar un objeto basándose en los modelos de la infancia.

En relación a esto, también Freud va a decir, que se oculta en el homosexual una alta estima por el órgano viril y no estaría dispuesto a renunciar a su presencia en el objeto de amor.

Otro motivo, bastante poderoso, sería la angustia frente al padre, que no sería elaborada correctamente, entonces la renuncia a la mujer tendría el significado de “hacerse a un lado”, en la competencia con él, y con todas las personas de sexo masculino que hacen sus veces. Aferrarse a la condición del pene y hacerse a un lado, serían una consecuencia directa de complejo de castración.

En resumen, serían fundamentalmente tres los factores que contribuirían en la etiología psíquica de la homosexualidad:

- Identificación a la madre

- Elección de tipo narcisista
- Angustia de castración

Sin embargo, aun después de nombrar estos factores, Freud no considera que el análisis de la homosexualidad, sea completo.

Para Lacan, la homosexualidad, puede ser situada como formación imaginaria, y como tal corresponde a efectos derivados de posiciones estructurales diversas. Es decir, no sería una perversión, sino que podría ser un fenómeno presente, tanto en la estructura perversa, como en la estructura neurótica o psicótica.

En la misma línea que Freud, Lacan dice que en los homosexuales, hay cierto número de rasgos y una relación perpetua y profunda con la madre. En los discursos de los homosexuales, la madre es presentada como quien tiene una función directiva y que se ha ocupado y preocupado por el niño de una manera muy castradora.

Lacan cree que la clave del problema en lo referente al homosexual es, si este sujeto, con todos sus matices, concede un valor predominante al objeto "pene" hasta el punto de convertirlo en una característica absolutamente exigible a la pareja sexual, es porque de alguna forma, la madre es quien le dicta la ley al padre, y no al revés. Esto significa que cuando la intervención interdictora del padre debía introducir al sujeto en la fase de su relación con el objeto del deseo de la madre y cortar de raíz para él toda posibilidad de identificarse con el falo; el sujeto encuentra por el contrario en la estructura de la madre el sostén, el refuerzo, por cuya causa esta crisis no tiene lugar.



El homosexual, dice Lacan, aguanta, porque siente que la madre tiene la clave de la situación y no se deja privar ni desposeer, el padre puede decir lo que le parezca pero a ella no le va ni le viene.

Esto, sin embargo, no significa que el padre no haya entrado en juego, sino que la interdicción fracasó, y es la madre quien dictó la ley.

Hay casos en que el padre amó demasiado a la madre y dependía de ella, y otras en que el padre permaneció como personaje distante y los mensajes no llegaban, sino a través de la madre, pero el análisis demuestra que no es un padre ausente sino un padre como rival, tal como se presenta en un Edipo normal.

La agresividad contra el padre, es transferida a la madre, en la posición crítica en la que el padre era una amenaza para él, el niño encontró una solución y consideró identificarse con la madre porque ella no se dejaba conmovir.

La pareja de un homosexual, será el sustituto del personaje paterno. La exigencia de encontrar en su pareja el órgano peneano, se debe a que en la posición primitiva, la ocupada por la madre que le dicta la ley al padre, lo que es cuestionado, es saber si en verdad el padre tiene o no tiene. Esto es lo que le pregunta el homosexual a su pareja.

Lacan, como ya mencionamos, dice que amar, es dar a alguien que tiene o que no tiene, lo que no se tiene. Si el padre, amó mucho a la madre hace sospechar que no tiene. Aunque el homosexual tenga una relación estrecha con la madre, la situación tiene importancia en relación con el padre; el mensaje de la ley está en manos de la madre, y es ella quien tiene la clave.

Si el homosexual, se ha identificado con la madre, no es porque tenga o no tenga el falo, sino porque está en posesión de la clave que prevalece a la salida del Edipo, donde lo que se juzga, es saber quien tiene el poder.

# **CAPÍTULO V**

**“SOBRE LA PSICOGENESIS DE  
UN CASO DE HOMOSEXUALIDAD  
FEMENINA”**

## **CAPITULO V: “SOBRE LA PSICOGENESIS DE UN CASO DE HOMOSEXUALIDAD FEMENINA”**

### **V. 1 Presentación del Caso.**

En 1920, Freud publica un caso clínico al que titula “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina”

Se trata de una muchacha de 18 años de edad. Según la descripción del propio Freud: “... de una familia de elevada posición social, que provoca el disgusto y el cuidado de sus padres por la ternura con que persigue a una dama de la sociedad, diez años mayor que ella” (Freud, 1920:141)

La paciente, frecuenta a una mujer mundana, por la que exterioriza un amor idealizado. Aprovecha las ocasiones que se presentan para estar en compañía de la dama, espía sus hábitos de vida, y la espera durante largas horas en la puerta de la casa o en la parada del tranvía.

Tal como relata Freud, la dama se ha convertido en el interés principal de la muchacha. Ya no se preocupa por continuar su formación, no valora el trato social ni los entretenimientos propios de los jóvenes. Conserva tan solo algunas amigas que pueden servirle de confidentes.

Con frecuencia se paseaba, comenta Freud, frente a la ventana del padre en abierta actitud de desafío. Un día, sucede que el padre, se encuentra en la calle con su hija, quien iba en compañía de aquella dama. Pasó por al lado de ellas con una mirada colérica. A raíz de esta situación, la muchacha se precipita

a las vías del ferrocarril, en un claro intento de suicidio. Si bien tuvo una larga convalecencia, el deterioro no fue duradero. Una vez restablecida, la situación resultó altamente favorable para sus propósitos: los padres, se cuidaban en no contrariarla, y la dama, que hasta ese momento se había mostrado reticente a sus requerimientos, se sintió tocada ante una prueba inequívoca de pasión, y empezó a tratarla amistosamente.

Seis meses después de aquel acontecimiento, es que los padres consultan a Freud, y le piden si puede volver a su hija a la “normalidad”. Sin embargo, la actitud de los padres frente a la situación, era bien distinta. Freud describe al padre como alguien serio, respetable, tierno en el fondo, y algo distante de sus hijos por su rigor. Frente a la noticia de las inclinaciones homosexuales de su única hija, se encolerizó, y trató por todos los medios de sofocarlas mediante amenazas. La madre, en cambio, era una mujer todavía joven, que no quería renunciar a la pretensión de agradar por sus encantos. Ella, no había tomado tan trágicamente la situación de su hija, y de hecho, no la indignaba como al padre. Había gozado durante largo tiempo de la confianza de la muchacha con relación a su enamoramiento. Aparentemente, relata Freud, cambia posteriormente de parecer, movida por la excesiva publicidad que la muchacha le daba a sus sentimientos.

Hasta el momento, sabemos, que son los padres quienes concurren a la consulta, encargándole a Freud la vuelta a la normalidad de su hija. Sin embargo, sabemos positivamente que esta situación, no es la que el análisis demanda. En palabras de Freud “Esta situación, como es sabido, en la plenitud de sus notas ideales, presenta el siguiente aspecto: alguien, en lo demás dueño

de sí mismo, sufre de un conflicto interior al que por sí solo no puede poner fin; acude entonces al analista, le formula su queja y le solicita su auxilio. El médico trabaja entonces codo con codo junto a un sector de la personalidad dividida en dos por la enfermedad, y contra la otra parte en el conflicto. Las situaciones que se apartan de estas son más o menos desfavorables para el análisis, y agregan nuevas dificultades a las intrínsecas del caso” (Freud, 1920: 143).

Freud accede al estudio minucioso del caso de la muchacha, evitando generar en los padres la expectativa de un abandono de su posición homosexual. La muchacha, no intento engañarlo, de hecho, en ningún momento le pidió que la ayudara a abandonar tal postura. Sin embargo, aseveró que lo hacía para complacer a los padres, ya que no quería generarles una angustia tan grande a ellos.

En cuanto a la infancia, Freud dice que atraviesa sus años infantiles de manera poco llamativa y con la actitud normal del complejo de Edipo. La muchacha, tenía un hermano un poco mayor que ella, con él, se produce la comparación de sus genitales, lo cual deja una fuerte impresión. Cuando ella tenía entre cinco y seis años, se produce el nacimiento de un segundo hermano, que no genera un influjo particular sobre su desarrollo.

Entre los trece y catorce años, manifiesta una clara predilección tierna, y a juicio de muchos exagerada, por un niño que aun no había cumplido los tres años y a quien veía regularmente en un parque infantil. Según Freud, en esa época, la muchacha se encontraba dominada por un fuerte deseo de ser madre ella misma y tener un hijo. Poco después, el niño comenzó a crecer y a serle

indiferente, y ella empezó a mostrar interés por mujeres maduras, aunque todavía jóvenes. Este interés, pronto comenzó a generar reprimendas de parte del padre.

Dicho interés por las mujeres maduras, coincide con un acontecimiento que se da en la familia: un nuevo embarazo de la madre y el nacimiento de un tercer hermano cuando ella tenía dieciséis años.

En palabras de Freud: “El análisis permitió reconocer indubitablemente que la dama amada era un sustituto de. . . la madre. Ahora bien, la dama, no era por cierto madre, pero tampoco había sido el primer amor de la muchacha. Los primeros objetos de su inclinación desde el nacimiento de su último hermano fueron madres reales, mujeres que frisaban entre los treinta y los treinta y cinco años, a quienes había conocido, con los hijos de ellas, en los veraneos o en el trato de familias en la gran ciudad. La condición de la maternidad quedó en suspenso más tarde porque no se compadecía bien en la realidad con otra, que devino cada vez más importante. El vínculo particularmente intenso con la dama, tenía aún otro fundamento que la muchacha descubrió, sin trabajo, cierto día. La silueta delgada, la belleza adusta y el carácter áspero de la dama le recordaron a su propio hermano algo mayor que ella. Por consiguiente, el objeto en definitiva elegido no correspondía sólo a su ideal de mujer, sino también a su ideal de hombre; reunía la satisfacción de las dos orientaciones del deseo, la homosexual y la heterosexual” (Freud, 1920: 149).

La muchacha, tal como relata Freud, tenía muy pocas razones para sentir ternura por su madre. Era una mujer, todavía juvenil, para la cual, su hija aparecía como una incómoda competidora. La madre, relegó a la muchacha tras sus hermanos, restringió su autonomía, y vigiló con especial cuidado, que

permaneciera separada del padre. Se estima, que a raíz de esto, es que se puede justificar la necesidad de una madre amorosa en la muchacha.

## **V. 2 Análisis del Caso.**

A partir de la presentación del caso, y el material clínico aportado por Freud, es posible proseguir con el análisis que él mismo realiza, y a la vez ir agregando puntuaciones importantes en relación a la temática.

Tal como sabemos, el psicoanálisis adopta como premisa, la bisexualidad originaria, sin embargo, encuentra ciertas dificultades para esclarecer la esencia de lo masculino y lo femenino. En relación a esto, Freud va a decir: "...se trata de tres series de caracteres: Caracteres sexuales somáticos (Hermafroditismo físico) Carácter sexual psíquico (Actitud masculina o femenina) Tipo de elección de objeto que hasta cierto grado varían con independencia unos de otros y se presentan en cada individuo dentro de múltiples permutaciones" (Freud, 1920: 163).

Al separar estas tres series de caracteres, Freud se anticipa a lo que más tarde se expondrá en los estudios de género como distinción entre los componentes biológicos y socioculturales en la constitución de la sexualidad, donde se involucran distintos ordenes de cosas, que no permanecerán ajenos entre sí: componentes genético- anatómicos, identidad de género, como la convicción de pertenecer a uno u otro sexo según los rasgos característicos en cada sociedad para cada uno de ellos, y por último, la puesta en acto en relación al otro que implica aquello que Freud llama elección de objeto.



Es en este artículo, que Freud plantea que carácter sexual y elección de objeto no coinciden en una relación fija. Es decir que, identidad y orientación del deseo sexual no son la misma cosa, dado que la identidad de género no llega a cubrir el campo de la elección del objeto amoroso.

Firme en su idea de bisexualidad, no le da a la homosexualidad más que un valor de restricción, el mismo que tendría la heterosexualidad. De este modo, una vez que se pudo abrir el camino bloqueado, el sujeto tiene la posibilidad de una elección. Se trata de una elección de objeto por parte de un sujeto autónomo, acto que no sería sintomático y seguiría el mismo camino que el de la sexualidad "normal".

Freud va a decir, que el éxito en el tratamiento de pacientes homosexuales, tiene que ver con que pueda abrírsele a la persona restringida a lo homosexual el camino hacia el otro sexo, que hasta entonces tendría bloqueado; es decir, restablecer su plena función bisexual. Es preciso destacar, que también la sexualidad "normal" descansa en una restricción de la elección de objeto.

Volviendo al caso, sabemos que los padres consultan porque están preocupados porque la joven se enamoró de una mujer, y como si fuera poco, una mujer liviana y caracterizada por la falta de decoro en la forma de exhibirse y por un intento de suicidio.

Describe a un padre severo, distante, muy enamorado de su mujer, y una madre que no quería renunciar a la pretensión de agradar y además prefería a sus hijos varones. Las observaciones realizadas por Freud, permiten ver como el entrecruzamiento del interés del padre por la madre y el de la madre por sí misma, no dejan un espacio legítimo para la hija y su feminidad.

Podría pensarse a partir de la descripción de los padres y en función del historial clínico de la muchacha, que es la madre, quien no permite el pasaje de la niña al padre en el periodo edípico; teniendo en cuenta que no es otra cosa que el deseo de la madre, lo que instala al padre en ese lugar.

Si bien a partir de la lectura del caso, se infiere a un padre presente, sería importante poder pensar las características de este padre. Se trata de un sujeto recto, serio y bastante distante con relación a su hija debido al rigor que debía mantener con ella. Mira demasiado a su mujer y poco a su hija. Para romper el vínculo de la niña con la madre, hace falta un padre.

Nos encontramos con que la palabra del padre aparece con poco sustento en el discurso de la madre, quien no toma tan a la tremenda la elección de objeto de su hija.

Tanto como existe una ley que es dada por el padre, también hay una ley ligada a la función materna, puesto que se trata de un sujeto hablante, inmersa en un mundo simbólico.

Un padre, no es más que un lugar en el discurso de la madre. La madre, si bien decide acompañar a su marido a consultar con Freud, no lo hace porque realmente se encuentre preocupada por su homosexualidad, sino por la mala fama que conlleva esta situación y como puede ser visto ante los ojos de la sociedad.

Tal como se ha mencionado de manera recurrente a lo largo de esta exposición, la relación con el Gran Otro, con quien cumple dicha función, se considera de importancia capital para el desarrollo posterior del sujeto. Si bien podría pensarse que esa primera relación con la madre, por ser la primera, está

destinada al fracaso, es importante señalar que la madre aparece como distante de la muchacha, siempre pendiente de sus hijos varones y relegando de algún modo a la chica. La ve como una competidora y se empeña en restringir su autonomía. Producto de esto, es que se puede inferir que la niña se halla en un estado de reproche y desarmonía con su madre.

Quedan claras en el desarrollo del autor, las coordenadas que resultaron en el desenlace que motiva la consulta, como proceso de construcción del carácter sexual y la correspondiente elección de objeto de amor. Para Freud, el conflicto se desencadena cuando en el momento en que la joven desea un hijo del padre, es su madre quien queda embarazada. La muchacha lo resuelve mediante una renuncia: "...Sublevada y amargada dio la espalda al padre, y aún al varón en general. Tras este primer gran fracaso, desestimó su feminidad, y procuró otra colocación para su libido". "Ella se transmudó en varón y tomó a la madre en el lugar del padre como objeto de amor". (Freud, 1920: 151).

La niña, abandona a la madre por desilusión fálica, por no haber recibido de ella ese tan ansiado órgano del cual sus hermanos gozan, y ella no. Por tal motivo, abandona a la madre y se dirige hacia el padre.

En la situación edípica es el padre quien ha devenido objeto de amor para la niña, y se espera que en el curso normal del desarrollo, esta encuentre, desde el objeto-padre, el camino hacia la elección definitiva de objeto.

Lo que se puede suponer, es que la joven, parte de la primera relación con la madre; cuando aparece el complejo de castración (desilusión fálica), aparece entonces, el momento del pasaje al padre (ecuación pene=hijo), promesa edípica. Lo que ocurre, es que la hija va al padre, pero en el lugar del padre, no

encuentra nada o no lo encuentra suficientemente sustentado por el deseo materno, lo cual hace de obstáculo en ese pasaje.

En la niña, el complejo de castración, también se inicia a partir de la visión de los genitales del otro sexo, en este caso de su hermano. Inmediatamente, nota la diferencia, se siente gravemente perjudicada y desearía tener un miembro igual al del varoncito. Es en este momento que cae presa de la envidia del pene, lo cual deja huellas imborrables en el desarrollo y en la formación de su carácter.

El deseo con que la pequeña se vuelve hacia el padre es sin lugar a duda, el deseo del pene que la madre le ha denegado y ahora espera del padre. Sin embargo, la situación femenina sólo se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo.

Se espera entonces que la libido de la niña se deslice, a través de la ecuación simbólica pene = hijo, a una nueva posición; que se resigne el deseo del pene para remplazarlo por el deseo de un hijo, y con tal propósito tome al padre como objeto de amor. Sin embargo, esto no ocurre de esta manera.

La joven, tenía alrededor de 16 años, cuando, es la madre quién recibe un hijo del padre, decepción que la lleva a la elección de objeto homosexual. Lacan ubica esto en el lado de la frustración, teniendo en cuenta el hecho de que, en el origen de la misma, está la madre.

En relación a esta resolución, Freud explica: "Un motivo práctico nacido de sus vínculos reales con la madre vino a sumarse como «ganancia secundaria de la enfermedad». La madre apreciaba todavía el ser cortejada y festejada por hombres. Y entonces, convirtiéndose ella en homosexual, le dejó los hombres a la

madre, «se hizo a un lado», por así decir, y desembarazó del camino algo que hasta entonces había sido en parte culpable del disfavor de la madre. La postura libidinal ganada así no hizo sino consolidarse cuando la muchacha notó cuán desagradable le resultaba al padre. Desde aquella primera reprimenda causada por una aproximación demasiado tierna a una mujer, ella sabía con qué podía ofender al padre y vengarse de él. Ahora seguía siendo homosexual por un desafío contra el padre. Tampoco se hizo escrúpulos de conciencia por engañarlo y burlarlo de todas las maneras” (Freud, 1920:152).

Es importante recordar que, la metáfora paterna, es propiamente la sustitución del padre en tanto significante, en el lugar de la madre.

El padre, rechazaba todo lo que tenía que ver con el deseo de la hija. Lo que sucede, es que la muchacha, no encontraría padre para acoger semejante demanda. Por tal motivo, se identifica con el objeto, vuelve hacia la madre, identificada con el padre y toma a la madre como objeto.

La función paterna, esta en juego, ya que no nos encontramos frente a un sujeto psicótico. La castración, ha operado, no se la ha rechazado, sino que podríamos pensar que se la ha renegado; la palabra del padre, no haya anclaje en el discurso de la madre.

A lo largo del historial, se puede hacer referencia a determinadas situaciones que podrían asociarse a rasgos perversos. Podríamos citar el momento en que se cruza con su padre mientras caminaba con la dama y frente a su mirada colérica, y al desprecio de la dama se arroja a las vías en un claro intento de suicidio. A partir de esta acción, la joven logra manipular a sus padres y a la dama, quienes a partir de ese momento, se cuidan de no contrariarla.

La actitud desafiante con que se pasea con la dama en la zona cercana a donde trabaja el padre y a la hora en que era probable que se encuentren, también tendría que ver con un rasgo perverso. Aun conociendo tal situación, conociendo el límite, decide transgredirlo.

Otro hecho que resulta relevante, tiene que ver con que la joven, es llevada por los padres a la consulta con Freud, y tal como sabemos, esas no son las condiciones óptimas para el análisis. Ella concurre no porque realmente se encuentre en la búsqueda de ayuda para realizar un cambio, sino para complacer a los padres, convencerlos de que se haya “reestablecida” y de esta manera poder llevar a cabo su vida tranquilamente.

El perverso, consulta muy poco ya que es muy difícil acotar su goce, puesto que eso, implicaría aceptar la castración.

La elección sexual y el objeto de amor, responden a una decisión del sujeto a lo largo de fluctuaciones de la libido durante toda la vida. En este caso, las fantasías tejidas alrededor de la ilusión de tener un hijo del padre, se quiebran con el nacimiento del tercer hermano, y producen el abandono del anhelo de ser madre y del amor de un hombre.

Freud dice “...en su conducta hacia su objeto de amor había adoptado en todo el tipo masculino, vale decir, la humildad y la enorme sobrestimación sexual que es propia del varón amante, la renuncia a toda satisfacción narcisista, la preferencia por amar antes que ser amado. Por tanto, no sólo había elegido un objeto femenino; también había adoptado hacia él una actitud masculina” (Freud, 1920: 148).

En relación a esto, y teniendo en cuenta su “Introducción al narcisismo”, sabemos que el niño tiene dos objetos sexuales originarios: el mismo, y la mujer que lo crió; y se supone entonces, que el narcisismo originario en todos los seres humanos, se expresa de manera dominante en su elección de objeto.

Podría pensarse que lo que diferencia la elección de objeto narcisista de la objetal o anaclítica, es la posibilidad de investir a otro como el diferente, en función de lo que falta, de lo que no se tiene. De este modo, la diferencia entre los dos tipos de elección de objeto, está dada por: la relación al otro o a sí mismo.

“Dos tipos de elección de objeto, una sobre la mismidad, y la otra sobre la alteridad, pero una alteridad, que para Freud, está dada por el anhelo de lo que no se tiene en el código del desamparo. Entre lo nutriente y lo protector no es posible distinguir ninguna diferencia sexual. Entonces, la elección de objeto anaclítica podrá ser homo o heterosexual al igual que la narcisista” (Bianchi, 2005: 28).

**MARCO**

**METODOLÓGICO**



## **MARCO METODOLÓGICO**

El presente trabajo busca hacer un recorrido por las teorías de los dos grandes referentes del psicoanálisis: Sigmund Freud y Jacques Lacan. Comenzando por el primero, para posteriormente proseguir en la misma dirección con los avances propuestos por Lacan. Fundamentalmente, se trata de explicar la importancia de la sexualidad infantil para el futuro desarrollo del sujeto, y su incidencia en los distintos aspectos de la vida del mismo, manteniendo como premisa fundamental la peculiaridad y singularidad del sujeto como tal.

Antes de explicar más detalladamente el procedimiento que se siguió, es conveniente aclarar cuáles fueron las preguntas y objetivos que guiaron la presente tesina.

### **Preguntas de investigación:**

- ¿Cuál es la relación entre el Complejo de Edipo, y la elección de objeto homosexual?.
- En el caso de la elección de objeto homosexual, ¿se trata siempre de una estructura perversa ?.
- Desde el análisis, ¿Cómo se podría trabajar, y cuál es la función del analista en casos como el de “la joven homosexual”?.

## **Objetivos**

Objetivo General: Analizar la estructuración del sujeto, y la importancia de la sexualidad infantil en el desarrollo del sujeto

### Objetivos Específicos:

- Analizar el papel fundamental del Otro en la estructuración y dinámica del sujeto.
- Describir las diferencias y puntos en común entre los conceptos utilizados por Freud y las reformulaciones realizadas, a partir de eso, por Lacan.
- Analizar, a partir de un caso clínico publicado, los aspectos que inciden en la elección de objeto homosexual.

## **Tipo de estudio**

La investigación se llevó a cabo con una metodología cualitativa, y su alcance fue descriptivo, ya que lo que buscó, fue conocer las propiedades importantes de personas, grupos, comunidades, o cualquier otro fenómeno sometido a análisis. En este caso, se intentó analizar cómo se produce la estructuración del sujeto, y su elección de objeto, desde el psicoanálisis. Se trató de describir los postulados de los dos referentes primordiales, para posteriormente, trabajar con fragmentos de un caso clínico publicado.

### **Campo empírico y contextualización espacial y temporal**

El diseño que se utilizó, fue teórico, con articulación clínica. Se recolectaron datos sobre la historia de vida, y experiencia de un sujeto, para posteriormente realizar un análisis.

Se trabajó sobre un caso clínico publicado y abordado en primera instancia por Freud, y retomado posteriormente por Lacan: “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina” (1920). Se hizo énfasis en fragmentos importantes del historial clínico de la muchacha, que permitieron dar cuenta de conceptos fundamentales del psicoanálisis.

### **Procedimiento**

Para llevar a cabo el objetivo, e intentar dar respuesta a las preguntas que guían el trabajo, se realizó una extracción de citas del caso clínico anteriormente mencionado, que iluminaron los conceptos trabajados. A partir de eso, se realizó un comentario disciplinado con el objetivo de articular clínica y teoría.

# **CONCLUSIONES**

## **CONCLUSIONES**

Freud, a lo largo de su obra, va proponiendo y modificando posteriormente, distintos conceptos en función de los nuevos elementos que fue vislumbrando a partir de la clínica. Comenzó sus estudios desde una perspectiva biológica, continuo trabajando con la temática de las neurosis histéricas, y es a partir de este punto que llega a la conceptualización de la sexualidad infantil, y la importancia de la misma en el desarrollo del sujeto.

La sexualidad infantil, constituye la matriz original de la sexualidad adulta.

Tal como sabemos, la sexualidad para el psicoanálisis, excede el terreno de las actividades y del placer vinculado a lo genital, incluyendo según Freud, todas las manifestaciones presentes desde la infancia que producen placer, independientemente de la pura necesidad.

La sexualidad se estructura entonces desde la infancia, y la que irrumpe en la pubertad, no es otra cosa que una “segunda oleada” de aquello que comienza a organizarse en los primeros tramos de la vida de un sujeto. La sexualidad adulta, será la resultante de las sucesivas conformaciones de la pulsión, la manera que se va erogeneizando el cuerpo, la forma en que desde el propio goce se organiza lo oral, lo anal; siendo la genitalidad el momento en que todas las estratificaciones pulsionales se integran al servicio del encuentro sexual con un partenaire.

Todo esto, se ubica en el espacio en el cual emerge la estructura edípica. Sexualidad y Complejo de Edipo, son conceptos inseparables en

psicoanálisis, entendiéndose al segundo como la trama de representaciones y afectos respectivos en relación a figuras significativas en la vida de un sujeto, en una complejidad en que la castración se integra como noción que permite entender la función de la falta en la constitución sexual del sujeto humano.

A lo largo de su teoría, Freud muestra como el bebé, cuando nace, se encuentra en un estado total de indefensión, necesitando de otro que lo sostenga con vida. Esa primera ayuda que recibe, es única e irrepetible; Freud la denomina “primera experiencia de satisfacción”. Esta, va a funcionar como objeto de deseo que nunca va a poder ser alcanzado, actuando como motor para la búsqueda de todos los objetos, incluso del objeto de amor. Es decir que, cuando amamos, no hacemos más que repetir, se busca reencontrar el objeto de aquella mítica primera vez. Encontrar el objeto de amor, es entonces, reencontrarlo, y todo objeto de amor es sustituto de algún objeto fundamental, previo a la castración. Esto, se relaciona además, con los dos tiempos en la elección de objeto, separados por la barrera del incesto; el objeto de la pulsión sexual, ya no será nunca más el objeto originario, sino solo un subrogado de éste; razón por la cual, la vida amorosa del adulto, no encontrará en ninguno de éstos, sustitutos al objeto primario.

En función de esto, Lacan dice, que el niño, una vez que se ha identificado (en el Estadio del Espejo) con una imagen que lo completaba, lo maravillaba, puede adoptar una integración de la cual propioceptivamente carece, se enajena en otro que no es él, pero con el cual se identifica. Tal es así, que Lacan, define al yo, como “un desorden de identificaciones imaginarias”, no es unificador.

Es decir que en el ser humano, la necesidad biológica, va a estar siempre por debajo. Como dijo Freud, “somos antinaturales”, vamos a ir buscando algo que tiene que ver con el objeto perdido, y nunca vamos a encontrar un objeto fijo que satisfaga nuestra necesidad. En resumen, las necesidades, no son biológicas, sino lógicas, puesto que estamos inmersos en la estructura significativa.

Lacan va a decir que la estructura del lenguaje, preexiste al sujeto, y esto determina la entrada de ese sujeto a la estructura. Desde el psicoanálisis, se considera que el ser humano ingresa necesariamente en un mundo simbólico, donde no existe posibilidad de correspondencia con los objetos.

Así, la necesidad en el hombre no es biológica, sino lógica. De esta manera, no existen instintos puros que puedan ser satisfechos por un objeto determinado, la naturalidad se pierde en el ser humano.

Tanto Freud, como Lacan, demuestran en su teoría, que no existe la complementariedad entre los sexos.

El sujeto, puede tener la ilusión de que la relación sexual, puede ser sin resto, puede ser armoniosa, lo que permite tal ilusión, es el Falo. El falo como elemento tercero que permite tal ilusión de armonía, que permite borrar esa falta. Se trata, como sabemos, de una ilusión engañosa, porque oculta el resto, que es el objeto “a”.

El partenaire, se ubica tanto en la posición de falo, como en la posición de objeto “a”, haciendo esto alternativamente; lo cual tendría que ver con la necesidad de articular dos goces diferentes.

El significante fálico, es impar por excelencia. Pero, ¿Qué significa eso? Significa que no tiene pareja, razón por la cual, presentifica a la castración misma, le falta su otro significante, por eso es que los sujetos viven en esta continua búsqueda de aquel objeto que los satisfaga completamente.

Esta falta original entonces, da origen a dos caminos: el deseo que apunta a la realización, es buscador de objetos sustitutivos porque nunca encuentra aquel que lo completa o satisface completamente; y la pulsión que se relaciona con la repetición.

El falo, remite a una falta, siempre falta a donde se lo espera.

Al decir “no hay relación sexual”, se afirma que no hay un universal que establezca una relación sexual como verdadera o no, como válida o no.

A la salida del Edipo, luego de haber operado la castración simbólica, e identificarse con el Ideal del Yo, se permite en el orden de lo sexual, marcar la diferencia anatómica entre los sexos, rasgo que sería por esencia lo que va a constituir el Ideal del Yo. Se trata de lo que está orientado hacia lo que en el deseo del sujeto, representa un papel tipificante el asumir la masculinidad o la feminidad.

Es en el complejo de Edipo, donde se realiza la primera elección de objeto sexual y de la primacía de la asunción fálica, poseer o no el falo, elemento primordial y diferencial en la organización genital de los sexos.

El objeto, y el fin sexual no aparecen fijos en la sexualidad humana.

Muchas son las desviaciones, de las cuales se puede dar cuenta, teniendo en cuenta el hecho de que la subjetivación del sexo biológico solo se realiza en la dialéctica edípica.



La metáfora paterna, produce en lo imaginario, la significación fálica. De esta manera, el falo queda simbolizado como la máxima expresión: el falo en función de la falta y el deseo en relación con el objeto a como causa de deseo, resignificando ese algo que no se tiene, que se puede tener y perder.

El Otro y el sujeto, quedan ubicados como deseantes, y es a partir de la castración del Otro, que comienza a circular algo de su propio deseo, abriendo la posibilidad de que algo se pueda y algo no.

La madre, es ese ser primordial, es esencial en el deseo del niño, y es el padre quien priva a la madre. Esta privación, el sujeto infantil la asume o no, la acepta o la rechaza, siendo esto un punto nodal en el desarrollo posterior.

En la medida en que no se acepta esta privación, se lleva al niño, varón o mujer, a ser el falo. Por tal motivo, es necesario que intervenga el padre como quien tiene el falo y no como el que lo es para que se produzca la identificación con el padre, identificación que se llama Ideal del Yo y a partir de ahí la salida del complejo de Edipo.

Lacan considera que la clave en la homosexualidad, reside en el hecho de que es la madre quien dicta la ley y no el padre. Esto no significa que el padre no haya entrado, lo que sucede es que la interdicción fracasó. El padre puede decir lo que le parezca, el punto reside en que para la madre, lo que dice el padre no tiene demasiada trascendencia.

En el sujeto, existen las pulsiones sexuales, que son fuerzas constantes imposibles de ser satisfechas por un objeto. Esta independencia, o como dijimos, no correspondencia entre pulsión y objeto, es lo que permite que el objeto sexual pueda ser tanto un hombre, como una mujer.

A partir de este punto podemos preguntarnos por qué no somos todos homosexuales o bisexuales. La respuesta tendría que ver con que la estructura de la cultura, el mundo simbólico al que ingresa cada sujeto, tiene reglas, marca límites.

El papel del narcisismo, es fundamental en lo que respecta a la elección de objeto, tal como se dijo, la misma puede responder a dos tipos: el narcisista, o el de apuntalamiento, pudiendo cada sujeto preferir uno o el otro. En el caso que hemos tomado para el análisis, se puede ver como la muchacha elige su objeto de amor a partir del modelo de su propia persona. Si bien el objeto que elige en aquel momento, la dama, presenta ciertas connotaciones que podrían asociarse con características de la madre, su elección, no podría considerarse por apuntalamiento, sino mas bien narcisista.

Freud, habla de “diques anímicos” que guiarán el camino de la pulsión. A partir de estos, que están íntimamente relacionados con la cultura, se produce una “restricción” de la elección de objeto como consecuencia del complejo de Edipo, de la amenaza de castración, y de las identificaciones.

Lacan, continua con estos conceptos y habla de metáfora paterna, del significante del Nombre del Padre que actúa para producir la significación fálica, que a su vez introduce la significación del falo como símbolo del sinsentido del deseo, significante de la falta. El Nombre del Padre, es lo que marca la intervención de la ley, por definición la ley del incesto, que no solo prohíbe la relación sexual con la madre, sino que a su vez la posibilita con otras mujeres.

Lacan dice, que el tercer tiempo del Edipo, aparece como aquel que otorga el derecho a la sexualidad, y como consecuencia se produce la asunción

de la de la identidad de ser sexuado, o sea, no hay sexo, hay sexualidad, y esto tiene que ver con su postulado de “no hay relación sexual”

Permite que se inscriba una determinada norma de regulación de los intercambios sexuales; habiendo de esta manera un límite, una norma, o una regla.

Lacan, habla de tres posibilidades de estructuración de un sujeto: neurosis, psicosis y perversión; las cuales dependen de cómo se ubica el sujeto frente a la castración del Otro, entendiendo a esta última como aquella falta por estructura.

Si la sexualidad marca un límite, la homosexualidad no será una sola, dependerá por un lado de la posición estructural del sujeto, y por otro lado, de la particular posición subjetiva en la que éste se encuentre.

Así, podríamos pensar que, un sujeto neurótico, tendrá relaciones homosexuales a la manera de un síntoma, es decir, como expresión de un conflicto inconsciente, metáfora de otra cosa.

Tal como se explica en uno de los capítulos, en el perverso, se produce un detenimiento en el desarrollo que implicará una fijación a fines sexuales pregenitales. El objeto sexual, está construido con el objetivo de negar la castración en la figura materna.

La perversión fetichista, da cuenta del reconocimiento de la falta de pene en la madre, así como su negación; a diferencia de la neurosis en la que existe un mundo fantasmático, un límite entre el interior y el exterior que se realiza a partir de la metáfora paterna, produciendo un sujeto intolerante a la castración.

Se observa sin embargo en la sexualidad humana, la existencia de rasgos perversos que se consideran necesarios para acceder a la articulación entre los sexos. Los fundamentos de estos rasgos, son condición de la elección del objeto amoroso.

En el caso de la joven homosexual, se pueden vislumbrar tales rasgos, a partir de distintos fragmentos del historial clínico: "...el padre topó por la calle con su hija en compañía de aquella dama que se le había hecho notoria. Pasó al lado de ellas con una mirada colérica que nada bueno anunciaba. Y tras eso, enseguida, la muchacha escapó y se precipitó por encima del muro a las vías del ferrocarril metropolitano que pasaba allí abajo. Pagó este intento de suicidio, indudablemente real, con una larga convalecencia, pero, por suerte, con un muy escaso deterioro duradero. Después de su restablecimiento, la situación resultó más favorable que antes para sus deseos. Los padres ya no osaron contrariarla con la misma decisión, y la dama, que hasta entonces había rechazado con un mohín sus requerimientos, se sintió tocada ante una prueba tan inequívoca de pasión seria y empezó a tratarla amistosamente..." (Freud, 1920: 142).

En definitiva, no creo que el tema pueda ser cerrado. Se trata de un tema cuestionado a lo largo del tiempo y lo seguirá siendo. No existe un saber absoluto en lo que se refiere a esta temática, puesto que un sujeto es único e irrepetible, y las causas que puedan desembocar en una u otra forma de elección sexual, están asociadas con su particular forma de vivir.

Resulta difícil poder establecer las causas de la elección de objeto homosexual, de hecho, durante muchos años se giró alrededor de la controversia, de si tiene que ver con factores biológicos o psicológicos. Si bien

fehacientemente, poco se sabe, se estima que la homosexualidad, depende tanto de factores biológicos como psicológicos, y como se dijo anteriormente, de la particularidad de cada sujeto. Por tal motivo, no puede establecerse de manera lineal y concreta, los motivos que llevan a la misma; teniendo que, en cada caso realizar un análisis particular, teniendo en cuenta la singularidad y peculiaridad de cada sujeto, premisa fundamental del psicoanálisis.

# **BIBLIOGRAFÍA**

## **BIBLIOGRAFIA**

- BIANCHI, Graciela (2005) "Comentario de Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina" *Revista de la Asociación de Psicología y Psicoterapia de Grupo*. Tomo XXVIII N° 1.
- EIDELSZTEIN, Alfredo. (2001). El objeto a y el intervalo: una clínica "más allá del padre". En Eldelsztein, A, *Las estructuras clínicas a partir de Lacan*. Volumen 1 (cap. 2. pp. 45-69). Ed. Letra Viva. Buenos Aires.
- FREUD, Sigmund (1976). *Obras Completas*. Buenos Aires. Editorial Amorrortu.
  - "El método psicoanalítico de Freud" (1904) Tomo VII
  - "Sobre psicoterapia" (1905) Tomo VII.
  - "Sobre las teorías sexuales infantiles" (1908) Tomo IX
  - "Introducción al narcisismo" (1914) Tomo XIV
  - "Tres ensayos de teoría sexual" (1915) Tomo V
  - "Lo inconsciente" (1915) Tomo XIV
  - "Pulsiones y destinos de pulsión" (1915) Tomo XIV
  - "Mas allá del principio del placer" (1920) Tomo XIV
  - "Conferencias de introducción al psicoanálisis" (1915-16) Tomo XVI
- Conferencia 20: "La vida sexual de los seres humanos"
  - "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina" (1920) Tomo XVIII
  - "Psicología de las masas y análisis del yo" (1921) Tomo XVIII

- “La organización genital infantil” (1923) Tomo XIX
- “El sepultamiento del complejo de Edipo” (1924) Tomo XIX
- “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos” (1925) Tomo XIX
- “Inhibición, síntoma y angustia” (1926) Tomo XX
- “Sobre la sexualidad femenina” (1931) Tomo XXI
- “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis” (1932-36) Tomo XXII
- Conferencia 32: “La feminidad”
- LACAN, Jacques. *Seminario IV. “La relación de objeto”*, Cap. VII. Buenos Aires, Editorial Paidós, 1999.
- LACAN, Jacques. *Seminario V. “Las formaciones del inconsciente”*, Cap. V, IX, X y XI. Buenos Aires, Editorial Paidós, 1999.
- LACAN, Jacques. *Seminario X. “La Angustia”*, Cap. XIII y XXIII. Buenos Aires, Editorial Paidós, 1999.
- LACAN, Jacques. *Seminario XI. “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”*, Cap. V y XVI. Buenos Aires, Editorial Paidós, 1999.
- LACAN, Jacques. “*Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis*” en *Escritos I*. México, Editorial Siglo XXI, 2009.
- LACAN, Jacques. “*De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*” en *Escritos II*. Buenos Aires, Editorial Siglo XXI. 1985.
- LACAN, Jacques. “*La significación del falo*” en *Escritos II*. México, Editorial Siglo XXI, 2009.



- MILLER, J. A. (1991) "El recorrido de Lacan". Cap. I y II. Buenos Aires. Editorial Manantial.
- RABINOVICH, Diana. (1988) El deseo Freudiano y su objeto. En, Rabinovich, D, *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica*. (pp. 11-19). Buenos Aires. Editorial. Manantial.
- RABINOVICH, Diana. "Clase N° 5". Cátedra Clínica de Adultos de la U.B.A. Facultad de psicología.
- RABINOVICH, Diana. (1986) La estructura del lenguaje del inconsciente y el complejo de castración. En, Rabinovich, D, *Sexualidad y Significante*. Cap. 2 (pp. 24-47). Buenos Aires. Editorial. Manantial.
- RABINOVICH, Diana. "Clase N° 5". Cátedra Escuela Francesa. U.B.A. Facultad de psicología
- RABINOVICH, Diana. (1995) Clases Cátedra Escuela Francesa. "Imaginario, simbólico y Real". U.B.A. Facultad de psicología.